

EL VAIIVÉN DE LAS HORAS



JHAK VALCOURT



EDITORES



El vaivén de las horas

Jhak Valcourt

Jhak Valcourt
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798864588994

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Dedicada a:

*Heidy Lorenzo J.,
A mi hermano Woudjild Norazier,
Y mi sobrino Andy Alcuis*

Agradecimientos:

*A mi madre Annerose Tullín, por darme las dos cosas más
hermosas de la existencia: el Ser y la Libertad;*

*A Blanca Lila Hernández, por ser la otra parte faltante
de mi madre y por haberme ofrecido la oportunidad de ser
escritor;*

*A Ronny Ramírez, Heidy Lorenzo J., Michelle Ricardo,
Francisco Castillo, Valentín Acosta, Maribel R. Marqués,
Reyes Ocre.*

Día 1

Ya no leo los periódicos, ni escucho las noticias (nunca me han gustado, por cierto, pero lo preocupante de esta situación pudo más que el gusto). Me asustan. Me deprimen. Me abruman.

Llevo días sin saber lo que ocurre allí fuera. *Quizá sea mejor así*, me digo para darme una razón de que no soy indiferente. Sin embargo, en el fondo, sé que no la tengo. ¿Qué digo? Puede también que sea una mala pasada de la consciencia, que siempre nos confunde sobre lo malo y lo bueno; o sobre lo supuestamente malo o bueno o sobre qué debiera ser malo o bueno... *Pero ¡ya basta!* De cualquier modo, ¿qué puedo hacer desde mi casa al enterarme de todo lo que está sucediendo sino redoblar el convencimiento de quedarme en ella? Además, lo particular de la pandemia está, como si fuésemos armas letales, en el *alejarse-de-la-gente*. Ahora que lo digo, esa frase *dilemática* hiende mi cerebro y se bifurca paradójicamente: porque, estudiando bien la situación, concuerda con lo que muchos científicos y pensadores opinan sobre el asunto al decir que estamos viviendo la *tercera guerra mundial* y que todo es una falacia de las potencias mundiales para disputar el monopolio; pero del otro lado (tratando de no ser demasiado estoico), ¿no será acaso una situación que, de alguna forma u otra, nos devuelva la humanidad y abra nuestros ojos sobre la unidad del ser humano y nos recuerde lo frágiles que

somos y que todos tenemos corazón independientemente del color de la piel o del idioma o de la nacionalidad...? Digo, es solo un decir... *Pero ¿qué importa lo que digo?*

Al principio (quizá porque creí que no duraría tanto) pensé que sería una buena oportunidad para pensar, reflexionar y no dejarse distraer por *filosofías y sermones postmodernistas* de hombres mediocres; o, lo que es mejor, escaparse de la vida rápida, de la estupidez humana y demás cosas contra las cuales siempre he manifestado antipatía, pero de las que ahora no me acuerdo. Suena egoísta. Lo sé. Pero al principio no lo fue. Fue más bien algo así como era menester un descanso para el bien común, para el bien del *universo*, del futuro... Ahora analizo el peso de estas palabras y no sé si he de arrepentirme o qué. Porque en el fondo sé que, cuando las pensé, fue con ciertas conjeturas odiosas, mas ahora las analizo con cierto atisbo de impotencia y de preocupación por lo que mañana nos reserva. ¿Mañana?, un nuevo sinónimo de utopía.

Ahora lo sé. No fue sin razón que pensé que el mundo necesitaba eso. Sino porque (eso lo medité imaginando al virus como *entis conscientis*) llegó justo en el momento en que el ser humano necesitaba un *break*, un *desdistrarse* de lo exterior y mirar hacia dentro; observarse, estudiarse, enfrentarse a sí mismo y preguntarse: pero ¿qué he estado haciendo con mi vida?, ¿hacia qué y hacia dónde la he estado encarrilando durante tanto tiempo, inconsciente, como becerro

al matadero? Sí, fue justo por eso que pensé lo que pensé. Pero igual, el virus no llegó porque sí, como castigo para vengarse de los humanos. Puede que sí, pero en tal caso no habría más responsables que nosotros mismos...

Ya no quiero cansar más a nadie con lo que pienso o con lo que no. El caso es que me sorprende mirarme al espejo y notar los cambios que el miedo o la preocupación o la impotencia ha causado en mí, en otros, en muchos, si no en todos.

Día 2

Han pasado muchos días desde que empezó la cuarentena. ¿Cuántos? No puedo decirlo con exactitud. He perdido la cuenta. No porque carezco de memoria (o puede que sí), sino más bien porque estoy extraviado en el dilatado laberinto de las horas. Nunca imaginé que una vida involuntariamente solitaria pudiera ser tan desesperante (no es la palabra que me gustaría usar).

En las *redes* abundan chistes de gustos desabridos. Los noticiarios se vuelven atalayas desde donde fari-seos pregonan el miedo. Las falsas noticias exceden los límites y todo parece como si fuese una broma de la naturaleza, como si la gente que muere no lo estuviera sino jugaran a estar muerto, o... Yo qué sé. Pero no tengo por qué preocuparme. Todavía no. Aunque se habla de cerrarlo todo y mis amigos empiezan a saludarme con los codos y los pies, creo que es mera exageración. Sé muy bien que mis bolsillos no son tan resistentes para catástrofe tan filosa. Sé también, si es cierto todo lo que cuentan, que mi condición de salud no es compatible con este virus, no obstante, preocuparse nunca lleva a buen puerto. Seguiré contando los días, con los dedos cruzados.

Recorro mi biblioteca con una mirada tranquila. Sonrío. Siempre emerge esta sonrisa cuando observo los libros que he ido acumulando con el tiempo. Es una sonrisa inconsciente, nacida tal vez de las regiones va-

nidosas del cerebro. Extiendo una mano (la izquierda) y tomo la biblia, que llevo años sin tocar. ¡Qué de cosas me trae a la memoria el contacto con este libro!: mi madre orando sus penas, mi madre llorando nuestra hambre, mi madre confesando su nacimiento y el nuestro..., pero yo, en cambio, si mal no recuerdo, lo hojeaba porque siempre quise ser un Cristo, un Salomón, o encontrar las tantas incoherentes verdades que ofrece cada *herejía* a la humanidad des-orientada. *Es el libro de las respuestas*, dice siempre mi madre. Quizá por eso ahora hago correr las páginas hasta el Apocalipsis, aunque no sé por qué habría de encontrar alguna respuesta sobre el Covid-19, pero igual, mi madre nunca especificó qué tipo de respuestas ni a qué tipo de preguntas. Hasta pienso leer, después, el libro de Daniel. No es extraño, lo sé. Pero ¿para qué?

Día 3

Ayer (quizá fuese antier o el día anterior a antier, pero ya no me acuerdo), para calmar los nervios y mis preocupaciones, llamé a Ronny. ¿Cómo te sientes con todo lo que está ocurriendo, Ron?, ¿qué has pensado al respecto?, le dije y me contestó: «Tengo miedo, hermano, ciertamente, sobre todo porque no ha empezado lo que ha de empezar a raíz de esto. Y temo que no estaremos preparados para este proyecto de *covid-19*..., al menos la mayoría», remata. Son palabras desesperantes, pensé. Sin embargo, no se lo comenté. Siento por las venas el aumento de mis preocupaciones. «¿Y tú?», me preguntó. La pregunta me hizo estremecer. Miedo no tengo. En algún momento el mundo tenía que llegar aquí. Pero sí, me sinceré, mucha preocupación: por los países desamparados (eso lo dije pensando en mi país), los indigentes, que son los más vulnerables y también un problema por ser agentes perfectos de propagación de esta vaina... Me preocupa que esto dure más tiempo y que la gente empiece a morir más de hambre que del virus. Eso sí que me tiene aterrado, le confesé; que no vuelva a ver a los amigos, a la familia o que les ocurra algo y no pueda estar. Siento este dolor anticipado y estoy sumamente deprimido... Escribo y leo sin descansar para no pensar en ello. Ya casi no duermo. Tengo la sensación de que es el fin. No sé por qué. Concluí y me sorprendió haber dicho tantas cosas que, aho-

ra que las analizo, suenan espeluznantes. «El fin no, hermano —me aseguró Ronny—, pero quizás sí el principio del fin. Este país no aguantará eso», terminó diciendo y sentí que el miedo vibraba en su timbre de voz. Incluso pudiera ser que lloraba o estaba a punto de hacerlo o tal vez solo la voz se le encogía en la garganta y temiera pronunciar esas palabras. No sé por qué siento una rabia enorme hacia la humanidad, le manifesté, muy molesto (ignoro si conmigo mismo o con el ser humano), no sé si es odio, pero a veces deseo que todos desaparecieran de una vez por todas, sobre todo los políticos: esas basuras que lo controlan todo. Así no habría ni oprimidos ni opresores. Le espeté y después suspiré, como si llevara años queriendo librarme de esa frase. Me calmé y luego añadí, el principio del fin empezó hace mucho, Ron. No me contestó, pero en el suspiro que despidió deduje que estuvo de acuerdo conmigo. «Hay que seguir escribiendo —escuché que soltó minutos después con voz resquebrajada—, los escritores somos, al fin y al cabo, los cronistas de nuestra época».

Día 4

Anoche se restableció mi amorío (por llamarlo de alguna manera) con Júpi. Días antes de la cuarentena me había prohibido vernos. Según ella, empieza a sentir algo demasiado fuerte por mí y, como está enamorada de otro chico, teme encontrarse en un dilema sin salida. La entiendo. Mejor dicho, trato de entenderla tan solo por el temor de hacerla sufrir o hacerle daño. Quizá sea cobardía. Pero a mi entender, lo significativo de amar a alguien es verlo feliz aunque no sea con uno mismo. Tampoco sé si esto es cierto. A veces pienso que en el amor todos somos estúpidos e ignorantes, *por eso Cupido pasea con sus flechas para agujerear a quien lo engañe*. Pero lo importante es que el hecho de volver a hablar con ella me hace feliz, aunque yo me había prometido no volver a verla ni hablarle hasta que ella me lo pidiera. El caso es que su mamá tuvo que salir del país e imaginé lo difícil que debió de ser para ella (sobre todo en este momento pandémico) y decidí ofrecerle mi tiempo y disposición. Además, nunca he sido bueno con las promesas. Para alguien sabio es mejor no hacerlas nunca. Sin embargo no soy sabio y en ocasiones me comporto como el tipo más ignorante del planeta, sobre todo en asuntos de amor.

Duramos toda la noche hablando y leyéndonos poemas. No sabe lo bien que me ha hecho el oír su voz y verla reír. A lo mejor lo sepa, pero dudo si sabe

cuánto. Lo cierto es que no aguanto su silencio ni su lejanía.

Nos despedimos a la una de la madrugada y su compañía me desarraigó la idea de la pandemia de la cabeza. Al menos el lapso que estuvimos hablando.

A la mañana me despertó el bullicio de las ambulancias. Desde la cuarentena es el único sonido que se escucha y es un sonido de mal agüero, pesimista. Al escucharlo no puedo evitar imaginar la cantidad de gente infectada o muerta. Es espantoso y el ánimo se abisma.

¡Otra vez!

Miro por la ventana: la calle parece una hoja en blanco. Ninguna diferencia con el día de ayer.

Escucho un toqueteo en la puerta. Es el mismo de ayer, de antes de ayer y de hace días. Entonces todo parece un sueño, porque es como si los días anteriores se estuvieran repitiendo. Restriego los ojos para asegurarme de que estoy despierto. Otra vez los nudillos golpetean la puerta. Me levanto. Abro. Es doña Hache. Te traigo el té, farfulla ella y me mira extraño como si dijera qué cara de muerto, y luego sonrío. Entonces sé que no es un sueño, que no es el día de ayer repitiéndose. Sin embargo, presiento que hoy será igual: de la habitación a la sala. De la sala a la cocina. De la sala al baño. De la sala al balcón. Acostado, de pie, sentado. Invocar al sueño para poder completar las horas, que parecen congelarse como estatuas de sal. Leer, leer y leer hasta que la cabeza se desborde de *ficción* y se escape de los pensamientos, del miedo y del desasosiego. Los supermercados va-

cíos. La comida que se acaba en el refrigerador. Los niños que te miran porque incluso se aburren del celular, de los videojuegos... La calle vacía y la ciudad callada te recuerdan alguna película de terror. Mirarse en el espejo que duplica la tristeza y la soledad de las cosas. Abofetearse la cara porque de repente estás convencido de que es un sueño. No lo es. De un segundo a otro el mundo se suspende como escarcha y no sabes si los cantos de las aves, que solías ir a buscar en las playas, en los campos, son de terror o de agrado. Te asustan. Te asusta el tiempo que durará, aunque se supone que no será eterno. Pero ¿qué es lo eterno sino la hora exasperante, el minuto en que miras a los niños, a la esposa, a la familia, y sabes que hoy se acabará la provisión? ¿Qué es lo eterno sino ese fragmento de segundo en que te mueres de ganas por abrazarlos, asegurarlos de que todo estará bien pero te frenas por el miedo de contaminarlos o de ser contaminado?

Regresas a la habitación. Los libros que te miran. La ventana que te mira. Todo te escudriña con ojos acusadores o con tristeza o con temor. *La culpa es tuya*, te reprocharán. Pero lo sabes. Lo sabes porque eres quien *asquerosea* las calles, quien jode el planeta porque un día pensaste que no era tu casa y que lo mismo te daba si se jodiera; porque tu casa estaría ¿a salvo?, ¿segura...?

Me asomo por la ventana. *Al final no está tan mal*, pensé, porque a pesar de la desesperación, la naturaleza parece descansada y más sana.

Pero no. El día no fue igual. Decidí descargar un juego para distraer la cabeza de tanto pensar y de tanto leer. Jugué desde la una de la tarde hasta las siete. Me libré del ocio un texto de Júpi.

—¡Hola! —me escribió.

—¡Hola!, ¿cómo estás?

—¡Estoy muy bien!, y acabo de tener un atardecer precioso en mi ventana. ¿Tú cómo estás?

Al pensar en lo que hice durante el día, la respuesta inédita me avergonzó.

—No sé si decir bien o regular o raro —*le texteé*—, hoy descargué un juego (cosa que detesto) y desde la una hasta hace un rato no he parado de jugar..., dejé mis lecturas, dejé algo que empecé a escribir..., lo dejé todo y me puse a jugar. Así que desperdicié la mitad del día y no sé si decir que estoy bien o regular o no sé —concluí, fingiendo una sonrisa y apreté la flecha *enviar*.

Sonrió. Sé que sonrió porque envió un enjambre de *emojis* sonrientes. O quizá no sonrió pero quiso darme a entender que lo que le escribí le hizo gracia. Es lo trivial de escribir por las *redes*: no puedes ver la cara de la gente y no sabes cuándo finge o no, cuándo dice la verdad o no, ni cuándo engaña o no. No obstante, supe que sonrió porque la conozco, o porque, es lo más probable, no quise hacerme la idea de que ha fingido sonreír mientras que no. Por lo que deduje que sonrió, pues así lo quise.

—También los detesto —me escribió después de las *caritas* sonrientes—, y recuerdo que una vez encontré

uno en la *pc*, que era de atender un restaurante, y duré varios días jugando, por largo rato. Siempre que terminaba me sentía inútil, pero quería seguir jugando. No supe si lo dijo para reconfortarme. Pero lo logró porque después de leer su texto sonreí y le escribí que era justo así cómo me sentía. Le conté (no sé por qué, pero a ella siempre le cuento cosas sin saber el motivo, es como si al estar con ella se me borrasen las brumas que empañan la infancia perdida que uno lleva dentro y empiezo a hablar como un niño entusiasmado); le conté que cuando era pequeño nunca aceptaba que hubiera un juego que no pudiera desbloquear... tenía que jugarlo hasta el final, hasta que ya no quedara nada que jugar y eso, le seguía escribiendo, fue lo que intenté hacer aunque me sentía inútil y aunque sabía que estaba perdiendo un tiempo precioso. Volvió a sonreír y dijo *¡ay Dios!* No sé por qué me gustó que dijera eso. Supongo que porque me gusta todo de ella. Y luego añadió: «Ahora se me ocurrió que podríamos sentirnos un poco menos inútiles si leemos algo». La idea borró de golpe todo lo absurdo que ha sido el día y experimenté un rapto de felicidad. Lo que siguió a continuación fue dulce y tierno y hermoso.

Día 5

Hoy desperté y experimenté una gran esperanza al leer que los americanos y los franceses lograron encontrar una cura para el covid-19. Se trata de la cloroquina. No sabía qué era. Nunca había escuchado hablar de ella, pues en química siempre fui un alumno retrasado. No por falta de inteligencia, desde luego, sino porque en mi país se pretende hacer que uno entienda lo que es el H₂O con teorías. Así que, sin pensarlo, bajo el efecto de la euforia, tomé mi celular y empecé a compartir la noticia con todos mis contactos olvidando que, a ellos también, les pudiera llegar la información. Y no me equivoqué. Pues al rato de compartirlo recibí el primer mensaje.

Mensaje 1: Orlando

Pero tiene efectos secundarios muy peligrosos.

Todo antídoto lo tiene, le contesté molesto por tratar de boicotear mi esperanza. Ojalá esos efectos secundarios no sean peores que el virus, agregué. Sin embargo, su respuesta me dejó inquieto. Reflexioné un poco, luego tomé mi celular y fui a *Wikipedia* y escribí la palabra *cloroquina*. No sé por qué no lo hice antes. Me sorprendió leer que es el mismo fármaco que se usa en el tratamiento o prevención de la malaria y enfermedades autoinmunitarias. Eso me devolvió un poco la tranquilidad y enseguida me puse a escribirle a Orlando, seguro de que las consecuencias no pue-

den ser tan graves como él lo pretende. Mientras le *texteaba* me llegaron otros mensajes;

Mensaje 2: Esther

Dos personas fallecieron por medicarse con esto.

Mensaje 3: Charlotte

Pero no entiendo bien. Esta información circula desde hace dos semanas. Si el tratamiento de la malaria funciona, ¿por qué los médicos no lo estaban promoviendo?

Mensaje 4: Hermi

¡Bueno!, entonces ahora la historia será que se agotarán los medicamentos. Yo ya no sé qué creer. No sé qué pasa ahí fuera, todo es muy loco y eso es muy triste.

Los dedos se me crisan. Siento cómo el ánimo se me va hundiendo paso a paso en un fango de agobio. No tengo deseos de seguir *texteando* y vuelvo a despalmarme en la cama. Escribo a Júpi. No me contesta. No quiero volver a jugar porque sé que después me odiaré por haber desperdiciado el tiempo. Me levante y me quedé sentado en la cama, inmóvil. Los objetos de la casa se han vuelto el foco de atención. Solo es roto el silencio por el bullicio de las sirenas y la ruptura, no sé si por sus esquirlas, sacude el alma, hundida en no sé qué fango de desesperación. Estiro mi brazo hacia el anaquel y tomo *los detectives salvajes* de Bolaño. Empiezo a leer hasta que se me revientan los ojos. Luego intento corregir algunos textos míos: mi novela; porque siempre corrijo cuentos cuando leo cuentos, novela cuando leo novela y poesía cuando leo poesía. Sin embargo, no pude, o tal vez no quise seguir corrigiendo porque estoy demasiado aficiona-

do al estilo de Bolaño y temí copiarlo y que se note el plagio en mi novela. Entonces recordé que Ramón me había recomendado, hace tiempo, la serie *Walking dead*, además, siempre quise verla por la abundancia de comentarios sobre ella. Abrí mi *pc* y la busqué.

Primera temporada: *Capítulo I, Capítulo II, Capítulo III, Capítulo IV...*

¡No puede ser!... Estoy al borde del aburrimiento. La serie me parece de Tommy Wiseau: actuación de los personajes mediocre (no de los vampiros, que es una obra de arte), la trama débil. Apago mi *pc* y me resigno a mi suerte. A la de todos: el confinamiento.

Me acuesto, esperando que Júpi me escriba o que el sueño me lleve...

Ninguna de las dos cosas ocurrió, al menos no en seguida. Achaqué la falta de sueño a la luz amarilla de la bombilla. Me levanté y la apagué. Entonces me di cuenta de que no quería dormir, que solo quería estar quieto, en el regazo de la oscuridad y tratar de sedar a mi mente cuyos pensamientos se movían como cometas. Desde la ventana escuché tararear, lejano, los teclados bajo los dedos del pianista del piso de arriba. Un tipo generoso con una biblioteca demasiado excepcional para ser privada, donde a veces robo algunos libros y otras veces se los tomo prestado, sin devolverlos, desde luego. No sé qué tocaba. Pero sí sé que la melodía me llevó como un muerto, acostado en un barco y empujado por el flujo o la marea de la mar (no sé si se puede decir corriente para mar). Entonces sentí cómo yo iba cruzando la bahía del

sueño: límpido y tranquilo, como un viaje en medio de un océano *pacífico*, donde no se ve más que las aves marinas y sus cantos y el verde de la mar acoplado al azul del cielo. De repente me vi en mi habitación donde reinaba un aire misterioso. Vi a mi hermana que dormía en su cama. Tuve la sensación de que algo se movía en la sala y salí. La oscuridad reinaba con imponencia diabólica. Caminé lentamente, recorrí la sala y no vi nada. No obstante, de regreso a la habitación, vi que un viejito, silencioso, con unas barbas color humo que parecían tragarle la cara, salía de la pared donde no había ni vano ni puerta. Vestía de campesino y sus dedos eran garras. Me alarmé. ¡Hola don!, lo saludé; ¡hola, señor!, le dije; ¡hola, tío!, insistí pero nunca contestó. Por alguna razón que desconocí tuve miedo de decirle viejo. Se dirigió hacia la escalera y se fue. Lo seguí. Y, sin saber cómo ni cuándo, me encontré tumbado con él debajo de un árbol, encima de un césped negro. Yo de espalda a él y él tratando de clavarme las garras en la carne para comérsela. Entonces me puse a leerle poemas para calmar o retrasar su apetito. Sin embargo, poco a poco noté que la voz se me atascaba en la garganta, leía y leía pero la voz no me salía y sentí cómo sus garras me iban taladrando la piel y me traspasaban los huesos, y entonces supe que soñaba. Lo supe porque empecé a revolcarme en la cama para despertar y no podía. El dolor era real. Porque sabía que estaba durmiendo. Sabía que yo estaba en Santo Domingo, Distrito Nacional, Ciudad Nueva, Calle Beller con Número, en el

segundo piso de la casa de doña Hache y que dormía y que el pianista tocaba y que estaba en un sueño en el que un viejo caníbal me estaba desgarrando la piel para comérsela y que yo no podía despertarme. Entonces sonó el celular y el viejo se desvaneció y pude abrir los ojos. Era Júpi. Yo sudaba y jadeaba como si acabara de terminar un maratón.

—Me salvaste —le agradecí.

—¿De qué?

Sentí que su voz restauraba el orden y la tranquilidad y poco a poco fui recobrando la calma.

—De una pesadilla —le dije.

Sonrió y me pidió que se la contara. Así lo hice. Se moría de risa y la imaginé redoblándose en la silla y sosteniéndose la barriga de la risa y sus dientecitos de huellas de ratón o de conejo tan frágiles y preciosos que brillaban bajo la luz de la luna. Luego cambiamos de tema. Leímos. Reímos y el resto de la noche fue soñar despiertos y viajar hacia cielos y jardines y planetas de enamorados. *Valga la cursilería.*

Día 6

Hoy, no me despertaron las ambulancias sino el sonido del toque de queda y supe que eran las siete. *A lo mejor el día también será distinto, deseé. Me levanté* y quise cambiar el curso de las cosas. Luego de varios vaivenes inútiles en la casa, tomé mi mascarilla y salí a la calle, sin guantes, por cierto.

El aire que respiré fue distinto que el de hacía unas semanas: parecía más puro. O quizá fue mi imaginación. Pero lo cierto es que el ambiente o la naturaleza parecía estar curándose de *llagas* todavía abiertas. No se veía humo desde ninguna parte. La basura recogida. *Al fin y al cabo, el covid-19 no es del todo negativo, pensé. Nos ha enseñado a no tirar basura en las calles o al menos a no dejarla permanecer en ellas,* agregué. Los animales deambulaban como en la época de Adán y todo parecía perder su agresividad: el Sol del mediodía ya no blandía su lengua con intención de desecar la piel; el asfalto no rechinaba los dientes como si quisiera vengarse de los neumáticos y del humo de los vehículos; los racistas ya no miraban a nadie con ojos desdeñosos; los comerciantes ambulantes habían perdido el brillo del engaño de sus ojos; eso sí, solo los indigentes seguían durmiendo en las calles, comiendo en las calles, revolteando las pocas fundas de basura que, durante la noche, la gente había sacado para que el camión se las llevara al día siguiente. *¿Será que ellos no son humanos?, pensé; ¿será que son inmunes al covid-19?* Entonces

reflexioné sobre todos los discursos del presidente y, si bien recuerdo, en ninguna ocasión los mencionó, como si fuesen un grupo ajeno a la población; como si fuesen animales o como si no existiesen. Y aquello me indujo a cavilar sobre la palabra *Dios* (*¡lo que son los pensamientos!*), y luego, como si fuese un juego de palabras, en Salvador y después en Nayib Bukele y su discurso. *Ese sí que sabe lo que es ser presidente y las responsabilidades del oficio, supuse; ese sí que sabe lo que es la política y gente así da deseos de ser político...*

Un camión de policía pasó a mi lado y ellos me miraron con ojos cansinos, pero con una mirada «así» como si algo me fuera a ocurrir y que estuvieran atentos a ayudarme, a correr a mi socorro y decirme tranquilo, no te preocupes, estamos aquí, solo aguant un poco más que enseguida llega la ambulancia. Me sentí seguro y por primera vez, desde que recuerdo, experimenté amor y simpatía hacia los policías. No vayan a pensar que soy un rebelde o un *antipolicías* (*¡Dios me libre!*), sino que de donde vengo, en el barrio donde vivo, la policía siempre ha sido símbolo de corrupción y abuso por encima del símbolo de protección. *¿Por qué es necesario una pandemia para que el ser humano recobre su humanidad, para que el corazón retome su lugar?* Pero nada. El caso es que sentí que los amaba, que quería abrazarlos y decirles ¡gracias!, gracias por estar atentos a mí, por mi seguridad. Pero dudo que hubiera tiempo para eso porque, aunque el vehículo iba a ruedas lentas, no duraron en alejarse y volví a ver la calle hundida en su quietud y soledad.

Recorrí la calle Beller. Subí por la Piña y recordé que tenía que agregar una tabla en el anaquel de mi biblioteca. Me dirigí a casa del ebanista, que vive en esa misma calle, un hombre diminuto, calvo, con los ojos asustados o más bien sospechosos o desconfiados. Le toqué la puerta y primero vi aparecer su calvicie como el pico de una montaña deforestada, luego los ojos saltones y la mascarilla que le tapaba las narices y la boca. ¡Hola, don!, lo saludé, pasaba por aquí y recordé que tengo un trabajito para usted y me dije déjame acercarme a ver si aceptaría ir a mi casa.

—¡Humhum! —me respondió al tiempo que negaba con la cabeza, como si quisiera redoblar su negación—. En estos tiempos no salgo ni muerto a las calles —remató, con severidad improvisada.

Le pregunté si me alquilaría un taladro para hacer el trabajo yo y enseguida le devolvería la herramienta, tampoco estuvo de acuerdo. Me despedí y le di las gracias.

Quizá el virus sea más antihumano de lo que creía, argüí, si con lo desconfiada que era la gente de la gente, provoca más desconfianza, estamos jodidos.

En las calles ya casi no hay gente fumando. Qué mal para quienes desayunaban cigarrillos con café, sonreí para mis adentros. En los alfeizares, en el vano de las puertas de los pocos negocios que permanecen abiertos, la gente, con el mentón sentado en el hueco de sus palmas, se apoya sobre los codos con una dejadez escurriéndole de los ojos. *El símbolo del mirar sin poder hacer nada, o el de resignarse, ¿o esperar?*, adiviné. Pero ¿esperar qué?

Las puertas de las clínicas están cerradas y la gente, en fila india, hace sus pedidos por las ventanillas con gestos teatrales, cómicas señas. Ojalá voten, después de la pandemia, alguna ley para que todos aprendan la lengua de señas.

En la puerta del Conde, los agentes de la autoridad metropolitana de transporte (AMET) destejen el aburrimiento con sonoros suspiros, *chuiquis* y bostezos. Ya no hay semáforos que engañar ni vehículos que multar. Y el silencio en los colmados deja mucho que pensar. Pero, ¿a dónde se habrá ido la *Prisa*?

Emprendí el camino de regreso cuando el reloj alzó el vuelo hacia las siete de la noche. Había recorrido la Zona Colonial y estaba tan desierta que cualquiera podía caminar con los ojos cerrados sin chocar con nadie. Un aire negro rezumaba desde todas partes. Si era menester personificarla diría que su cara era la de una huérfana hambrienta en Somalia. Ni los perros estaban de visitas. «La Zona se ha vuelto un cementerio», dijo un hombre que me había cruzado al lado. *Un buen tiempo para los ciegos*, bromeé.

Otra patrulla de policía cruzó a mi lado y se detuvo para hablar con un indigente que hurgaba una funda de basura.

—¿No escuchaste que deben quedarse en sus casas?

—dijo un policía con autoridad, pero sin rasgo de severidad en la voz, como de costumbre.

El indigente levantó los ojos, dio vuelta la cabeza y miró a los policías como si los viera lejanos, detrás de alguna cortina o como si su mirada los traspasara

sin verlos. Y enseguida, como si les dijera: pensé que hablaban conmigo, volvió a hundir la cabeza en la funda.

—¿Acaso no oyes?

—¡Ah!, hablaban conmigo. Pero... ¿qué casa?

Los policías se miraron penosamente y luego se marcharon. *Lo que puede hacer el corazón cuando la realidad nos golpea*, pensé.

—¡Bueno!, no dejes que las ocho te encuentre aquí —le advirtieron—. Para que cuando te infectes y te mueras no digas que la culpa es del gobierno.

—Utede lo dicen como si el gobierno nos considere vivo’.

Pero los policías no escucharon o no quisieron escuchar o escucharon pero se hicieron los desentendidos y se fueron.

Al llegar a la casa, doña Hache me recuerda que debo lavarme las manos. «Hasta los codos», ordenó. Sonreí y le obedecí. Mientras tanto me llevó la cena a la habitación y me deseó buenas noches. Se notaba triste. Desde que le dijeron que no volviera al trabajo hasta nuevo aviso se hundió en una tristeza sin antecedentes. A pesar de sus setenta y pico de años no es mujer de sentarse. Le gusta estar moviéndose y hacer y resolver cosas. Lo que le hace un poco insoportable en estos días de ocio, sobre todo cuando no le queda nada por hacer. Aun así se lo inventa. Se encarama en una escalera para despolvar las cornisas, cambiar las bombillas quemadas, rebuscar telarañas, rociar de trementina las maderas; tirarse en el piso para cazar

críos de cucarachas..., en la casa no sobreviven ni las hormigas.

Cené y me puse a leer hasta que Júpi interrumpió mis lecturas. No sé, pero desde que vi su número supe que esperaba desesperadamente su llamada.

Día 7

Júpi y yo hemos quedado en vernos. ¿Es una locura?, puede ser. Es que ese recuerdo del corrientazo al tocartos las manos, esos labios en vilo a la espera de algún beso, como ese colibrí suspendido a la espera del tacto de la flor, ese mirarse y sentir que los ojos ajenos son la bifurcación de un sendero por donde uno se pierde y se encuentra, por donde uno viaja en busca de algo, ¿su propio yo, quizá?, o en busca de ese ser que te complementa y que tú complementas; ese sendero donde uno se da de bruces con su propia timidez y sus límites, fueron mayores, por supuesto, que las hipótesis de ser contagiado y contagiarnos.

Sin embargo, ahora que estamos cara a cara, el miedo se infiltra en nuestras entrañas, se agolpa en nuestro pecho y la realidad nos golpea con su látigo. Los labios escondidos detrás de las máscaras, las manos que se tocan vigiladas por los guantes, el único consuelo es la mirada, pues se hace más intensa, más bella y poderosa, porque allí trepan las palabras con ansias de ser dichas, trepan los sentimientos y se quedan colgados, más sinceros que si se hubiesen vestido de palabras.

Caminamos por la calle Padre Billini hasta el parque Duarte: *la pequeña Sodoma* durante los fines de semana, pero ahora habitado por perros que sobreviven de las pulgas que habitan sus colas y costillas; y por palomas que pescan gusanos a falta de quien les eche

comida. El parque se sume en una meditación budista y una suave brisa peina los árboles donde las aves, con su trino, tejen su soledad. Nos disponemos a sentarnos en un banco, con miedo, desde luego, de que esté infectado.

—Espera. Hay que limpiarlo con toallas húmedas — propongo.

—¡Jum! —dice sonriendo y encogiéndose de hombros, mirándome con su terquedad de siempre—, por mí está bien.

—Por ti no está bien, señorita. Debes cuidarte aún más, sobre todo con eso del asma. ¿Trajiste tu inhalador?

—¡Umjúj!

Le extiendo la mano y me pasa una toalla húmeda, de las que siempre lleva consigo. Nos sentamos. Nos miramos con las emociones removiéndose dentro de los ojos, como peces en redes. Nos tocamos los dedos, las manos, como si estudiáramos la posibilidad de adaptarnos a este intruso que, como madre celosa, solo permite que su hija se comuniqué con su amado detrás de las rejas.

—¡Qué incómodo! —dice— me los voy a quitar.

Sonríe. La observo quitándose los guantes. Me pongo en alerta, pero trato de no parecer cobarde o demasiado protector. Me preocupo más por ella que por mí. Supongo que lo sabe.

—¿Te quedarás con los tuyos puestos? Peor para ti —me reta.

Me los quito y, ¡Oh Dios mío! ¿Será cierto que el tocarse con la mujer amada cabe en la palabra *tacto*? Esta palabra

tan torpe, que más parece el picoteo del pájaro carpintero en la palmera. Los dedos se entrelazan, se mueven lento y ligeramente. Cómo se acelera la sangre en las venas. Cómo aplaude el corazón a un ritmo exagerado y la piel, Dios mío, la piel, que parece tensarse sobre un tambor.

—¡No me mires así!

—Así, ¿cómo?

—Con esos ojos..., esa mirada.

—¿Con qué ojos, qué mirada?

—Ya lo sabes. No te hagas el inocente.

Sonríó. Volteo la cara hacia las palomas, que ladean el cuello, sospechosas y atentas para mirarnos como si entendieran cada detalle.

—Ya no miro a la señorita.

—No es lo que quise decir —me explica, sonriendo con timidez. Y siento que la venganza está lograda—. Me gusta cómo me miras. Me gusta cómo me ves —confiesa mirándome de reojo.

—¿Y cómo te veo?

—¡Cállate, payaso!

Me callo un lapso. Y luego.

—También me gusta cómo me miras —admito.

—¿Y cómo te miro, señorito?

—Usa mis ojos como espejo, fíjate bien en ellos y verás cómo me miran los tuyos.

Suelta una leve carcajada. Lo intenta pero fracasa en seguida con otro ataque de risa. Sacamos la merienda que compramos anteriormente. Las palomas nos caen encima como un manto y echamos en el piso migajas de galletas para ellas.

Un viejo, enclenque, pasa a unos metros de nosotros con un triciclo, buscando botellas en los zafacones. Nos mira como si suplicara algo. No dice nada, sin embargo. Los ojos bastan y lo dicen todo. La blancura de sus labios reseca confiesa que tiene hambre, quién sabe desde cuándo. De perfil, parece un palo de escoba tirado con descuido en un rincón o un grueso cable de electricidad guindado en algún poste de luz. En su camisa remendada se nota un descosido en la sisa y, en el trasero de su pantalón, un parche de tela vieja esconde lo que previamente era un hoyo. —¿Quiere comer con nosotros, don?

No dice nada. Pero su mirada asiente. Me levanto, tomo el jugo y la galleta que me tiende Júpi y se los doy.

—¡Gracia! —masculla, casi llorando. Quizá por el orgullo herido o por algún resentimiento hacia alguien que debiera cumplir esta tarea. No lo sabremos nunca. Y de repente me invade el deseo de palmearle el hombro, incluso darle un abrazo y decirle que no se preocupe, que todo estará bien y que, como dicen, no hay pena que dure cien años aunque sea la muerte la que le ponga un punto final. Pero ¿cómo abrazarle cuando el nuevo orden mundial es *alejarse-de-la-gente*? ¿Y qué es ese *todo* que estará bien? ¿su miseria?, ¿el riesgo de infectarse en busca de qué comer?, o ¿la pena que carga al hombro y que conoce mucho mejor que aquellos que la estudian en los libros para tratar de explicarla y fingir que están buscando una solución?... ¿Qué es realmente ese *todo* que estará bien? Come en dos bocados la galleta y en un trago acaba

con el jugo. Nos hacemos un saludo con las manos y se aleja. Júpi y yo nos quedamos mirándonos, tristes y callados.

—Siento mucho miedo..., y estoy muy preocupada —dice de repente.

La miro sin decir palabra. Esperando que continúe.

—No sé qué va a pasar con mi vida..., con mi carrera..., con... En una sola palabra, con el mañana.

El mañana. La miro a los ojos. Busco en mi cabeza, con precaución, las palabras correctas antes de abrir la boca. Sabe que estoy pensando. Sabe que voy a decir algo y me mira, poniéndose a la expectativa.

—Yo tampoco sé nada de esas cosas... Y creo que nadie lo sabe: ni nuestros padres, ni los presidentes, ni los doctores y mucho menos los científicos. A menos que sean estos últimos los que han provocado esta vaina. De lo contrario, nadie lo sabe y aunque no muestran su miedo en las pantallas a la hora de dirigirse a los pueblos, te aseguro que se están cagando en los pantalones.

Ella se echa a reír a carcajadas y me siento aliviado. Esta ha sido la idea: amainar un poco ese miedo para que ella disfrute el momento.

—Además —añado con mucho tacto—, desde que empezó este virus, creo que el mañana ya es hoy.

Me mira con ternura, la cabeza ladeada. Suspira. Me toma las manos. Las acaricia. Las mira como si quisiera besarlas, luego me mira nueva vez y sonrío.

—Tengo una pregunta —digo—: ¿qué es lo peor que le puede pasar al ser humano?

Medita un buen rato. Mira el cielo como si de allí saldría una respuesta. Luego dice, con duda:

—No hacer lo que nos hace feliz..., la obligación de doblegarse a un sistema corrupto..., seguir una rutina nociva y... y vivir con la impotencia de no poder cambiar nada.

—Interesante —digo, pensativo—. Y ¿qué es lo mejor que le puede pasar?

—Pues ver sus sueños realizarse. Hacer lo que le gusta, vivir de acuerdo a sus gustos... En una palabra, ser libre —dice sin vacilar.

—Pero para que esas cosas sucedan, algo debe haberlas provocado, ¿no crees? Algo debe haber provocado el fracaso o el éxito. Digo yo.

—Hummm... —ladea la cabeza, cierra un ojo y mueve la boca hacia un lado convirtiéndola en algo que parece un muñón—, a ver... a ver... Tienes razón. Pero... no lo sé... Es que...

—No lo sabes. Bien. Pero ahora dime algo: ¿crees que le habría ocurrido toda esta desgracia que le está ocurriendo a ese viejo si no hubiese nacido?

—Supongo que no —reflexiona, y luego añade—. ¡En absoluto!

—Y ¿crees que yo habría tenido la suerte de conocerte o de ser escritor o tener la dicha de estar aquí contigo en este momento si yo no hubiese nacido?

—Tampoco —dice, medio ruborizada, con la cabeza inclinada como si analizara mis conjeturas.

—Entonces qué te parece si digo que lo mejor y lo peor que le puede pasar al ser humano es haber nacido, ¿qué me dirías?

Se queda callada, mirando como alguien que acaba de recibir una gran luz. Cavila un lapso. Luego sonrío. Alza la mano para tocarme el rostro pero enseguida se retrae. Mira la mano suspendida a la altura de mis mejillas, suspira y la retira.

—Lo sé —la tranquilizo—. También me encantaría que me tocaras.

—Me gusta mucho cómo ves el mundo —dice—. Con esos ojos tan hermosos.

Sonrío. Es una forma de decirle que me alegra saberlo. Y lo sabe.

Lenta, la tarde imita las tortugas, contándose las huellas en los tejados, en las paredes enmohecidas de los edificios y en los follajes. Leímos a Withman, a Emily Dickinson, a Franklin Mieses Burgos y a Benedetti. Jugamos al ajedrez. Luego, inquietos por el toque de queda, nos levantamos y nos pusimos a caminar. Enfilamos los guantes sin duda infectados en nuestras manos posiblemente infectadas. Luego, con timidez, nuestros dedos se buscan, entrelazándose. Alza nuestras manos a la altura de los pechos, las mira un rato, pensativa.

—Yo siempre he creído que los miembros más humildes del cuerpo son las manos —dice.

—¿Ah sí?

—¡Umjú!... Incluso más que el corazón que ama, que perdona y se emociona.

—¡Mmm! ¿Incluso más que el trasero que está obligado a ser lo que es?

Me mira sorprendida. En seguida suelta una carcajada que, si fuese de madrugada, despertaría a toda la

ciudad. Después recoge su seriedad y confirma:

—Pues sí. Porque sin la mano, ¡cuán miserable y asqueroso habría sido el culo o la piel cuando necesita ser rascada o los dientes a la hora de ser cepillados!

La miro admirado. Sonríe satisfecha de su teoría irrefutable y luego añade:

—Me gusta estar contigo.

La miro satisfecho. *Un paso menos*, pensé. *El día está logrado*, pensé. Sonríó. Cuánto me gustaría besarla y estrecharla.

—Me alegra mucho saberlo —le digo—. También me gusta estar contigo —le digo.

Sonríe nueva vez.

Bajamos por la calle Espaillat en dirección a la Georges Washington. Recorremos el malecón, vacío y forrado por un edredón de tristeza. Y luego doblamos por la Palo Hincado hacia la puerta del Conde.

El resto de la tarde fue alegría de niños que no entienden todavía de la vida.

Día 8

Esta mañana recibí una llamada de mi madre. Me estremeció. No es mujer para reconvenir a nadie, lo sé, pero que dure tantos días sin llamarla, sobre todo en estos tiempos, es un descuido. Pero... ¿para qué llamarla si no tengo coraje de escuchar sus penas ni los medios para aliviarlas?

Sé que pronto se le acabará el último depósito que le hice. Y aún no sé qué piedra voy a levantar ni qué puerta voy a tocar para seguir abasteciéndola.

Hace días que no llega agua a Pontezuela, me contó, y tanto extranjeros como dominicanos juntaron dinero y compraron una bomba, tuberías, a fin de sacar agua del albañal más cercano. La imagen del albañal, con todos sus pormenores, se imprimió de golpe en mi vista. Cuán inconexa e inverosímil la imagen de tu propia madre bebiendo agua de albañal, comparada con la imagen de cualquiera haciéndolo en algún video de *Nat geografic*. Y yo que me creía triste viendo aquellas imágenes. ¡Qué poco sabía yo de la tristeza! Ahora, era como si una sierra me descuartizara las entrañas.

—Me dio tanta vergüenza, m'hijo, el no poder decirles «tomen» —concluyó.

—No tienes m'ma. Si lo tuvieras se lo dieras sin regateo, eso lo sé —la consolé reprimiendo las lágrimas—. Y ponle cloro al agua, por favor —le supliqué. Lo que hablamos después fue breve y trivial. Adiós m'hijo. Adiós m'ma. No olvides de orar. Sí, m'ma.

Día 9

Se te acabó el arroz, me dice doña Hache esta mañana. También el espagueti, la leche y el chocolate. De huevo te quedan tres y un solo pan. Su voz suena como si quisiera llorar o como si hablara automáticamente. La miro como si no comprendiera, como si no hablara conmigo. Pero no es que la ignoro. Sé que no, y ella también lo sabe. ¿Cómo podría ignorar a esta mujer? La que hace que la compra de una semana me dure un mes, como si hubiera heredado el don de multiplicar panes. Iré al supermercado ahorita, le digo y esta palabra me provoca un leve estremecimiento. Supongo que es por alguna cuenta pendiente con el subconsciente. Es probable.

Supermercado.

La repito una y otra vez para mis adentros y veo cómo se van deslizando algunas sílabas: primero el *perme* y solo queda *surcado*; luego *sur-mer* y solo queda *pecado*, le sigue *super cremado* y así sucesivamente. La última vez que fui (hace unas semanas), fue como un sueño. Una fila, pese a las recomendaciones sanitarias de distanciamiento, llegaba quién sabía hasta dónde. Se dura más de 45 minutos antes de poder entrar. Como medida para evitar la multitud dentro del supermercado, decidieron dejar entrar a la gente de a cinco cada vez que salgan cinco. Pintaron las puertas con gel antibacterial. Me pareció que hasta el piso había sido bañado de manitas limpias. Se han convertido en los museos más visitados en estas últimas semanas cuyas preciosas colecciones

es la comida. Sin embargo, aunque hubo desabastecimiento de algunos productos, los precios todavía no se habían incrementado como ahora, que la libra de limón ya cuesta cuatrocientos pesos, el cartón de huevo doscientos y pico y hasta el jengibre, que estaba a veinte, ahora está a cien pesos la libra.

Doña Hache me mira. No sé si lo que presagia su mirada es una carcajada o un llanto. Sabe que no tengo dinero. Sabe que en nuestro trabajo (trabajamos en el mismo lugar, de noche, como portero. Es un trabajo que me permite escribir a mis anchas) no nos están pagando las vacaciones involuntarias. Sabe también, y mejor que yo, que las ayudas económicas y alimenticias que promete el presidente Danilo no son para nosotros los extranjeros. Y tampoco la ayuda económica y alimenticia que promete el presidente de mi país es para los extranjeros que viven en este lado. Por un momento pensé que lo único que nos diferencia de los indigentes son nuestros peniques y un techo. Fuera de eso somos iguales: sin presidentes y sin nadie que piense por nosotros ni en nosotros. Aun así, somos las víctimas por excelencia de las leyes. *¡Lo que cuesta ser inmigrante!*

Doña Hache está asustada. Lo sé. Lo sé porque también lo estoy. Apenas si me alcanza el dinero del alquiler de este mes y faltan mil cien para completarlo y ahora tengo que ir al *súper*. Ahora comprendo su mirada y sé que lo que presagia es un gemido ahogado, que no se materializará jamás, que se quedará abortado en su garganta porque es una mujer de acero,

que recibe las adversidades con carácter de heroína. Madres solteras que el mundo nunca conocerá. Sin embargo, nunca las igualarán las santas de las iglesias aun licuándolas todas juntas.

Me levanto de la silla sin decir palabra. Salgo rumbo al supermercado. Sé que sus ojos no se desclavarán de mi espalda hasta no ser tragada por la puerta, que se cerrará detrás de mí. Entonces escucho el ruido de su peso al dejarse caer sobre la silla. Le gustaría poder ayudarme, abastecerme, pero sabe que no puede. Apenas si la mantiene su hija.

En el supermercado ya no quedan las cosas que mi dinero pueda facilitarme. Como pan, leche, huevo, enlatados..., solo hay arroz por saco, un poco de carne y yo soy vegetariano (no es buen momento para ser vegetariano, lo sé, *y sobre todo si se es pobre*). Me compré tres fundas de espaguetis, unas cuantas latas de maíz (las que quedaban) y le digo a mi barriga *hasta nuevo aviso*: la frase que está de moda ahora. Ni siquiera queda papel de baño; suerte que soy escritor y he guardado tantos borradores impresos... La experiencia me obligó a descreer en la idea de que en el mundo (si la repartición es justa) hay comida para todos. Es una mentira cuya validez puede ser verdad por cuánto, ¿dos, tres, seis meses?, ¿y luego qué? Creo que el *axioma correcto* debiera ser: hay dinero para todos si se reparte justamente. Pero el covid-19 me ha demostrado que, aunque se repartiera con justicia todo el dinero que haya en el mundo, cuando se acabe la comida, ese dinero no valdría más que para

limpiarse el trasero. Sí señor. Pero vaya a saber qué se cagará si no se come. Nunca peste alguna nos había enseñado tanta sabiduría y revelarnos tantas verdades. *¡Ojalá que la enseñanza valga la pena!, ¡ojalá que las naciones aprendan!*

Entré al supermercado a las tres de la tarde y salí a las seis. *Al menos tendré pasta hasta que a doña Hache se le acabe el don de multiplicarla. Y luego, si nada se restablece, si ninguna cura aparece, esperaré, con carácter militar, que el hambre me presente la muerte. Proyecté.*

Día 10

—¡Hey!, ¿cómo va el día? —me escribió Júpi.

Advierto un destello de felicidad. Desde que su madre se ha ido a Puerto Rico no hemos hablado durante el día. Obvio: dormimos a la una o a las dos de la madrugada, hablando. Tomo el día para leer después de levantarme muy tarde y escribir de tres a siete. No queda espacio para conversar. Aunque, la verdad, siempre le dejo un mensaje de buenos días con esperanza de que me conteste. Hoy se me adelantó. Eso me hizo sonreír. (*¡Lo que es enamorarse!*)

—¡Hola, señorita!, el día va bien... Desperté con ganas de seguir durmiendo, pero no pude. Creí que hoy era viernes. Me han dicho que tengo que volver a trabajar mañana.

—¿¡A trabajar!?, pero como que ya están abusando. Lo sé. Lo sé pero no le digo nada al respecto. Para cambiar de tema le escribí: pensé en ti y en lo que te hablaré esta noche. Empecé a leer *El libro de Monelle*, de Marcel Schwob. Me gusta mucho. Doña Hache me preparó el mismo arroz de ayer. Hizo un jugo de remolacha, «para que el virus encuentre sangre y no nos chupe los pulmones si nos coge desprevenidos», dice. Acabo de bañarme y ahora leo y te escribo. Mi madre acaba de enviarme un mensaje contándome de alguien que murió en su barrio y que me va a enviar una foto del ataúd, «que parece un Ford todoterreno; a lo mejor para que el viaje sea placentero», añade.

Sinceramente mi vieja es la representación perfecta del realismo mágico.

Al mencionar el nombre de mi madre, percibo cómo un látigo me asesta las entrañas. No es el mencionar su nombre, no, sino lo demasiado cerca que se encuentra del verbo «murió» y del sustantivo ataúd. En su barrio todo va de mal en peor. Pero la risa que la historia de mi madre le provoca a Júpi me extirpa la angustia.

¡Cuánto me fascina cuando ella se ríe! Su risa es como una flor que se abre, que se entrega, como una joven recién desposada a su esposo, al primer albor de la mañana, y toda su pureza se extiende sobre los labios y los dientes y entonces su rostro parece la encarnación misma de la inocencia.

—¿Y tu día? —*le pregunté.*

—Desperté a eso de las 6:30. Me bañé. Desayuné y limpié (igual que todas las mañanas) el patio de los perros. Leí un poco *La peste* de Camus y ahora preparo algo de comer.

No sé por qué, pero la imagen de ella cocinando se materializó de brusco y con una intensidad tal detrás de mis párpados cerrados que la vi con los pies desnudos, yendo y viniendo sobre un piso de caoba, metida dentro de su delantal, con un cuchillo tramontina en la mano cortando una zanahoria o un ají o cualquier vegetal; vi cómo recoge (con esa fragilidad de conejo) los trozos cortados y los echa en el caldero cuyo aceite caliente espanta a las tajadas y las hace rechinar. (*Otra vez las sirenas*). Me imaginé a su lado, haciendo de ayudante, perdiéndome en la pureza de

sus ojos mientras le estampo algún que otro beso en el cuello y la espalda y, al descuidarnos de todo, se quema la comida. Sonreí y le escribí, ¿qué cocinas?

—Puré de auyama con bacalao.

Mi imaginación me falló. No es la primera vez.

—¿Quieres un ayudante?, puedes estar tranquila: no voy a incendiar nada.

Se ríe y contesta que lo disfrutaría de verdad, pero que está usando la cocina con la novia de su hermano.

—Si cierras los ojos me sentirás justito a tu lado. Pero no los mantengas cerrados por mucho, que se te quema todo.

Sonríe y me dice está bien.

¡Esas sirenas no callan nunca!

¡Cuánto quisiera estar de verdad a su lado! Pelarle la auyama. Pedirle que me enseñe a sazonar el bacalao. Escucharla que me pida que pruebe la sal y sé que, de seguro, se encontraría algunos de esos besos perdidos en la comida. Todo eso pensé y se lo dije. La amo. La amo pero dudo que sepa cuánto. Ojalá encontrara la forma más simple de hacérselo entender. No sabe si todos los días la imagino a mi lado, siendo mi mujer y yo su hombre. No sabe cuántas veces la veo con la barriguita de tres, seis, y nueve meses y yo a su lado, acariciándole la cima del ombligo, besando y cantándole al niño que desesperadamente yo esperaría. No sabe cuánto quisiera que sea ella la madre de mis hijos y yo el padre de los suyos. No. No lo sabe y tampoco se lo digo. ¿Por qué? No lo sé. Quizá de miedo que se espante y se aleje de mi lado. Quizá sea tan solo

por cobardía, o por temor a no ser correspondido.

¡Tonterías!

La dejé comer. Luego son las tres y sabe que tengo que escribir para después leérselo por la noche. Es algo que me fascina: leerle de noche todo lo que escribo durante el día. Me fascinan los ojos que pone al escucharme, la manera en que se le tensa la piel, el cuello inclinado y la cabeza, ladeada, que le cae angelicalmente sobre el hombro como una flor en busca de una gota de sol. Espero que algún día se dé cuenta de cuánto la amo y que me ame igual.

Día 11

Esta tarde, recibí los dos mensajes más disparatados desde que empezó la cuarentena. La primera, un mensaje vocal grabado con la voz más *mariconesca* que jamás he escuchado.

Mensaje 1:

Miren señore ahora mi'mo voy yo para una reunión, con la comisión epideologin... epidemiológica permanente. Porque, acuérdense que yo el día de ayer les dije que el día de hoy iba a ser fuerte, que hoy era que iban a aparecer todos los casos (suspiros). Yo no puedo exponerme... y creo que me voy a tener que ir a exponer. Porque realmente lo' médico' no están dando abasto. Señore e'to no es un juego. De verdá mira..., yo tengo ahora mismo lo pelo erizado..., erizado cuando salud pública emitió eso. Eso es mediante una información que le llegan a todo lo' médico. Y en la parte del Este... ten... Mira tenemos una situación increíble... De verdad señore ¡no salgan de su casa hoy, por favor!... Ni hoy ni mañana si van a salir llama hata el colmado. Pero entiendan que ya el virus no está de contacto a contacto con persona... Ya el virus está en el aire... En-el-ai-re y a cualquier persona se le puede pegar el virus porque ya está en vigencia nuclear del aire señore (aquí pensé que iba a llorar). Si utede tienen má grupo díganse a persona que no salgan hoy por favor que hoy es un día vital... está semana es una semana vital donde el virus ya entró en segunda etapa (la voz empezó a sonar como la de un predicador desesperado al ver que los feligreses no sueltan el

diezmo). *¡Por favor, señore! Se lo pido miren utede no saben lo doloroso que é cuando uno pierde un ser querido. Y yo no sé si utede lo saben porque yo no sé si utede han pasado por eso. Pero es difícil tú ver una gente afixiándose en tu... en tu... en tu propios ojo sin tú poder hacer nada...*

No sé por qué me conmoví. Si fue por la voz, si fue por la última frase o por el miedo que me penetró al escuchar con demasiada atención el mensaje, o si fue el otro mensaje de texto que le siguió *ipso facto*.

Mensaje 2:

¡Qué jodida coincidencia!, Hoy es el día 26 del año 2020 y mira lo que dice Isaías 26;20: «Ve a tu casa, pueblo mío, ¡y cierra tras ti tus puertas! Escóndete por un breve tiempo, hasta que haya pasado la ira del señor».

Lo primero que debí hacer fue recordarme que, desde que ocurrió la desgracia que me reveló que mi vocación es ser escritor, empecé a ver la religión como otra forma más de superstición. Lo segundo debió ser detenerme en la palabra *breve* y *la ira del señor* y decirme que al menos la biblia da consuelo de que será *breve* y que cuando pase *la ira del señor* (que siempre se sacia con sangre: ¡Menuda forma de saciarse la ira!) todo volverá a la normalidad. Pero sé que no. Sé que este virus no es la gripe española que desaparecerá; sé que no es el VIH, que solo se transmite sexualmente. Sino algo mayor, peor. Algo que nunca se acabará porque el ser humano nunca se adaptará al confinamiento, ni su cuerpo (especialmente los pulmones) a este virus, que permanecerá porque ni la cloroquina, ni la *cloro* quina, ni la *clo* uroquina y mucho menos la

clo roquina (llámese como se llame) lo extinguirá... No obstante, no pensé en nada de eso y la imponentia del miedo fue mayor que el intelecto y la razón. Así que tomé mi celular y empecé a esparcir el mensaje como cuando se esparce la semilla del mijo. Quizá mi reacción se debió a la idea de que el covid-19 no es nada más que una artimaña. Y si tal fuera, me dije, todo podría ser posible (valga el pleonismo). Como ya dije, esparcí el mensaje a todos mis contactos y acto seguido supe que acababa de cometer una *porqueridad*. Las respuestas no tardaron en llegar.

Respuesta I: Josie

'tá fuerte eso.

Respuesta II: Ronny

Recuerda que el virus es pesado y se cae a los dos metros, hermano. No puede estar en el aire. Puede estar en asfaltos, superficies sólidas, pero no en el aire.

Respuesta III: Pamell

Yo lo que siento es que hay mucho pánico. No soy doctor pero la mutación a la segunda etapa del virus no es vía aérea sino que se extendió a niños. O sea que los niños pueden ser víctimas de eso. Y me molesta que estén usando el miedo para estas estupideces porque cuando esto se normalice la gente le ira restando importancia.

Respuesta IV: Luigi

¡Payaso!, los virus no viajan en el aire.

Respuesta V: Quisqueya

Querido Marc, te mando este otro para balancear las versiones; cualquiera se vuelve loco con tanto miedo. Es un poco largo pero no está demás leer voces disidentes... Lógicamente

en lo que se aclaran las cosas yo cumpla religiosamente con mi cuarentena...

Lo que nos volverán locos son esas sirenas que nunca callan, me dije.

Respuesta VI: yo

Sé que eso de estar en el aire es pura mentira. De ser así todos estaríamos infectados (¿Cómo fue que no lo pensaste antes, estúpido?). Pero como creo que el virus es una maniobra de los tipos que controlan el mundo (¿y cómo puedes estar tan seguro?), son capaces de todo. No hay razón para creer eso. De lo contrario, las nuevas mascarillas tendrán que ser antiaire.

No cabe duda, metí la pata. El miedo fue mayor que la razón. Lo sé.

Día 12

Anoche fue horrible. No pude pegar ojo. Por segunda vez he vuelto a pelear con Júpi (si es que se puede llamar pelea). Luego de habernos leído lo que escribimos el día anterior, le leí un poema de Octavio Paz y le pedí que me hablara del chico de quien está enamorada. La pregunta la sorprendió o la entristeció o lo que fuera y quiso saber el porqué. Estoy muy enamorado de ti, y hasta ahora mi único obstáculo es él, le dije por fin.

Fruunció las cejas y me miró como si yo fuera un fantasma. Para vencer al enemigo, hay que conocerlo, le aclaré. Ahora que lo escribo, me parece estúpido. Pero sé, de seguro, que si el resultado fuese distinto me hubiera parecido hermoso. Soy así y justo por eso a veces me odio. Me odio porque, en varias ocasiones, dejo mi estado de ánimo a merced de cómo la gente entiende mis opiniones. Si digo *mierda* y a la gente le gusta, estoy feliz. Y si digo esa misma *mierda* y a la gente no le gusta, me siento horriblemente miserable, hecho asco y me odio o me maldigo o lo que fuera. Odio ser así. Llevo años luchando contra eso, pero no puedo superarlo y no sé cómo remediarlo. En ocasiones sí: cuando me callo y me alejo de todos y entonces no tengo que decir *mierda* y nadie tiene que aceptarlo o no. Pero después uno vuelve a socializarse y se deja llevar y todo empieza de nuevo...

La verdad no sé si debí hacer esa pregunta o no. Pero qué más da. ¿Qué ganaría al no hacerla y qué ganaría al hacerla? A ver: si no la hiciera, siempre me quedaría con la ignorancia de lo que siente ella realmente por mí, y si hay o no esperanza de conquistar su corazón; pero al hacerla descubrí que me mintió la vez que me dijo que, si no fuese su amor por él, ella estaría conmigo, se abriría y se entregaría a mí sin vacilar. Sí. Eso dijo. «Sin vacilar». Era la noche en la que me pidió que dejáramos de vernos. Regresábamos del taller de novela de aquella escritora cuyo nombre ya no recuerdo. La víspera, había sospechado que intentaba alejarse de mí: sus mensajes eran escuetos, su sonrisa fría y la mirada distante. Estaba incómoda y cuando me miraba lo hacía no con esos ojos que te traspasan el alma, sino con cierta pena en ellos, como si temiera decepcionarme o herirme o sabe Dios qué más.

Empezó a hablar y le pedí que nos sentáramos. Eran las nueve y veinte y solo quedaban dos *Metros*. No recuerdo si la luna brillaba o si hubo estrellas, lo que sí sé es que hubo una luz. Pero me daba igual ya que todo me parecía gris. Dijo que se estaba sintiendo débil ante lo que empezaba a sentir por mí y eso le daba miedo. No quería enamorarse de mí y perder la oportunidad de vivir sus sueños con el otro en caso de que algún día él le dijera que la amaba. Traté de entenderlo o fingí que lo entendía (*¡Menuda sandez!*), pero ya no recuerdo o no quiero recordar porque duele. Solo sé que, después, todo el resto fue embrollo y confusión. Lo que sí recuerdo fue que, ya de camino a la estación del Me-

tro, tocó, con cierta delicadeza, mi abrigo. Estudió el color y leyó lo que estaba escrito en el pecho: *Vikingo*, luego miró el cielo y dijo que quería recordar ese día. Entonces la besé. La besé y le dije que también debía recordar eso. Y recuerdo que sentí rabia por su inocencia pueril y me odié por ser un cobarde, por dejarla ir sin hacer nada para detenerla. La miré alejarse, llorando. Sentí como si una guadaña me destripara y esperé a que ella se detuviera, a que mirara hacia atrás y dijera qué estúpida soy, perdón, a quien quiero es a ti y no a él. Pero nada de eso ocurrió. Se detuvo nomás para recobrar el aliento, secarse los ojos, suspirar y luego marcharse. ¡Qué destrozado me sentí!

—Se llama Claudio —me dijo—. Tiene treinta y tres —me dijo—. Lo conocí cuando yo tenía diez y siete y desde entonces lo estoy esperando.

¡Qué estupidez! Pensé y enseguida me arrepentí. Me arrepentí porque siempre trato de buscar la quinta pata a todo para darle razón incluso a Lucifer. Y me odio por eso. Me odio por creer que todos siempre tienen razón, que todo lo que ha hecho un hombre no es más que el resultado de sus experiencias, del entorno en el que vivió, de los padres que tuvo, de los abusos que recibió y otros disparates por el estilo. Y con ese pensamiento deduzco que todo ser viviente es inocente, porque ninguno ha pedido nacer, ninguno es responsable de la vida que le toca. Absurdo, lo sé. Sé que es un pensamiento de alguien acobardado, que trata de justificarlo todo y de justificarse a sí mismo de ser tal cual es y me odio por ello. Pero soy así y

odio que me odie por no aceptarme tal cual soy.

—¿Él tiene novia? —le pregunté.

Bajó la cabeza. Se rascó un lado de la cara y sonrió o fingió sonreír. No me quiso responder porque sabe que sé que la respuesta es absurda. Infantil. O quizá no lo sea.

—Hace un mes me enteré de que sí.

Me miró de reojo. Consciente de su estupidez.

—Y aun así piensas esperarlo.

De nuevo no quiso contestar. Se puso de pie. Me pidió que le esperara, que venía enseguida. Se quitó los audífonos y salió hacia el patio. *Fue a llorar*, pensé y sentí pena por ella o por mí o quizá por nosotros juntos. Al regresar, intentó cambiar la conversación, pero no quise. No quise porque intuí que mi interrogatorio le hacía sufrir y por un momento lo disfruté. Disfruté verla sufrir sobre todo con la esperanza de que se diera cuenta de lo estúpida y lo utópica que es. Es como cuando te pica una abeja y le das un bofetón y luego sientes pena por ella, pero disfrutas verla retorcerse del mismo dolor que te causa. Pero luego esa parte justificadora dentro de mí se interpuso y descubrí que el estúpido era yo por no comprender algo tan intenso. Me odié por querer darle la razón. *¡Maldición!*

—¿Y crees que él dejará a su novia para venir hacia ti y hacer realidad tus sueños y fantasías?

—Mi intuición me dice que sí.

—¡Alhelí, por Dios! —le grité.

Se asustó. Siempre se asusta cuando le llamo por su

primer nombre, porque sabe que en esos momentos o estoy profundamente herido o no estoy en mis cabales. Sentí que una rabia me sacudía y por mis adentros le abofeteé, aunque nunca tendría valor para abofetear a nadie. Pero sé que en ese instante lo hice y quise estrellar el celular. Pero en vez de hacerle sentir mi rabia, le dije lo más estúpido que el estúpido más estúpido nunca se atreviera a decir.

—¿Y cuánto tiempo más piensas esperarlo?

—¿Por qué?

—Para saber cuánto debo esperarte yo.

—No me gusta que me esperen. No puedes esperarme.

—No eres quien para decirme eso —dije con desesperación—. Además, ¿has pensado por un instante en que a él tampoco le gusta que le esperen, lo has pensado por el más leve y mínimo instante?... Quizá no me ames como a él, pero sé que me amas, a tu manera. Me lo dices cuando me miras, cuando me sonríes, cuando me lees e incluso lo admitiste el día que me pediste que dejáramos de vernos.

La expresión de su rostro me destrozó el alma. Bajó la cabeza. Duró minutos tratando de decir algo que no pudo. Tragando saliva que no tuvo para menguar la sequía de la garganta, dejándome con un suspenso de muerte hasta que finalmente lo escupió.

—Siento mucho cariño por ti. Me siento tan bien contigo. Incluso desde el primer día que te vi sentí algo por ti, pero falta mucho para que pudiera llamarlo amor.

¿Con qué cariño!, pensé. El silencio que siguió a con-

tinuación me dejó hecha trizas el alma, y la derrota me pareció inminente. Nunca hasta entonces creí que existía silencio tan desgarrador, tan feroz y brutal. Entonces supe que ya no había más esperanza. Supe que me mintió al decir que si no fuera por él se entregaría a mí, «sin vacilar». Achaqué su indecisión de amarme a la historia: al hecho de ser negro y extranjero; de lo que dirían o pensarían (la sociedad, su madre, su padre y su hermano) de ella.

Entonces la miré como si ella fuese una cobarde o quizá como si fuese una víctima más de la absurdidad y la ruindad de la sociedad. *Nunca habrá otra cosa que interés entre un negro y una blanca*, me dijo Ronny una vez, *quizás sí, entre una negra y un blanco, pero de lo contrario, jamás, sobre todo en mi país*. Cuánto quise llorar al recordar esas palabras, cuánto odio sentí entonces hacia el mundo, hacia mí, hacia mi piel, hacia ella por dejar que una sociedad de mierda tuviera control sobre sus sentimientos. No sé por qué pensé todo aquello. Quizá porque estoy convencido de que me ama. Porque sé que ella sabe tan bien como yo que sus sueños con Claudio nunca se harán realidad y que, sin embargo, se aferra a esa patética ilusión para evitarme. Para hacerme sufrir.

Cuando volví en mí, el silencio aún permanecía o quizá dijera algo que no escuché. No sé. Para atenuar la situación le leí un poema y me despedí. Entonces supe que no volvería a escribirle hasta que ella lo hiciera. Y aún no lo ha hecho.

Día 13

Hace días que no sé qué pasa ahí fuera. Solo el aullido de las ambulancias me trae las noticias (*puedo ver los muertos y los infectados tendidos en mi imaginación*). He borrado mi *WhatsApp* para no volverme loco ante la espera de un mensaje de Júpi; ante el exceso de información contradictoria y falsa; y ante tantos mensajes de chistes absurdos sobre la pandemia, el confinamiento y el toque de queda. Pero sé que no será por mucho tiempo; que pronto lo volveré a descargar, al menos para no asustar a quienes se preocupan por mí (*hasta eso es una carga*).

Acontecen los días.

Crecen la desesperación, el pesimismo y la desolación...

Todo se va hundiendo más y más en la letal inercia de la soledad: las calles ensimismadas, las casas parecen deshabitadas, y allí lejos, desde algunas terrazas, los balcones, desde el vano de algunas puertas, en el fondo de los ojos de la gente, se encoge una mirada que parece observar las cosas sin verlas, o como si las atravesara para arrojarle sabe Dios en busca de qué súplica.

De pie en la galería, con una taza de café y apoyado sobre el parapeto, observo cómo desfilan los limpia-botas hacia la Zona Colonial, con esas caras sin adjetivos que las definan, doblados bajo el peso de todo y arrastrando el hambre quién sabe de cuántos días. *¿Por qué salen si en las calles ya no quedan zapatos que limpiar?*,

reflexioné. *Pero en seguida me refuté. Salir es esperanza, aunque el costo sea infectarse y morir pronto. Pero no son los únicos. A lo lejos, divisó algunos indigentes que se precipitan, como perros enrabados, sobre fundas de basura en busca de migajas olvidadas por las ratas. ¿Y las ayudas prometidas públicamente por el presidente?*, también pensé. Pero en seguida recordé que aquellos don nadie no son parte de la población. No. Nadie piensa en ellos. Y sin saber por qué, me encontré masticando estos versos de Miguel de Vallester: *A los muchachos de la 22 con 15, que bocarriba liban los días en goletas y ataúdes.* Entonces recordé que pronto seré uno más de ellos: cuando llegue a su fin el mes del alquiler, cuando ya no me quede más comida, cuando ya mi jefa no tenga con qué pagarme..., seré uno más de ellos. Eso lo tengo por seguro. Pero al menos ellos me inspiran coraje para enfrentar el *porvenir*. Este *porvenir* plagado de incertidumbres, que ni los que han ido a la luna, ni los que manejan como títeres a los pueblos, ni los que controlan la vida, pueden entrever.

Sentí desplomar sobre mí una gran depresión, si es que en esta palabra cabe este sentimiento. Doy media vuelta, me dirijo hacia mi habitación y me hundo en la cama. *¡Este silencio!, ¡este encogimiento y lejanía de las cosas! ¡Esta preocupación! ¡Este miedo! ¡Este vaivén en la habitación!...* Entonces pensé en Júpi. *Debe de odiarme. ¿Qué estará haciendo ahora, en este momento? ¿Qué estará pensando... de mí, de ella, de su madre, de todo? ¡Cuánto la extraño!, ¡Cuánto extraño su voz y su risa! Esa risa tan paliativa y llena de esperanza. Su mirada que todo lo ilumina*

hasta los rincones más oscuros del alma... Tomé el celular y me quedé mirando ese símbolo con esa A tan hermosa en su centro, como si no supiera leer, como si tratara de entender el enigma que encierra: *App Store*, dice. Entonces supe, aunque inseguro, que era tiempo de volver a descargar el *WhatsApp*.

2500 mensajes. Ninguno de Júpi. Hundo el rostro en la almohada. No sé cómo pasaré la noche. No, no lo sé. Pero tampoco le escribiré.

Día 14

Los infectados aumentan. Los muertos aumentan. ¿Las cifras?: desorbitantes. Los días de confinamiento se prolongan como estela de humo que deja un avión en el aire. La luz mortecina de la esperanza poco a poco se va extinguendo. Algunos dicen que es el fin..., el apocalipsis. Pero ni los cristianos que tanto lo han predicado parecen estar listos. *Supongo que algunos ya hasta dejen de orar.* Nadie está inmune y eso apila a todos los humanos en un solo y mismo saco: sin prejuicio de color, de clase ni raza. Ojalá después (*si hay después*) eso no se olvide.

Me detuve frente al espejo del baño y me miré, entonces vi al hombre: un hombre atascado en su cascote, cuyas ventanas son dos lúgubres abismos, heridas sus latidos, su suspiro un epitafio y la sonrisa una cicatriz. Un hombre sin nombre que sueña ser lumbre *utopiando* cumbres. Un hombre sin voz cuyas palabras calcinan su lengua. Un hombre que ocurre, reducido al azufre; un hombre podrido en su rama atisbando la vida que se hunde. Un hombre a destiempo, trancado en laberintos de memoria, enredado en telarañas de consciencia... Hoy conocí a este hombre cuya mirada cadavérica, desde el otro lado del espejo, me vivió.

Día 15

—¡Hola!, ¿quieres hablar? —le escribí a Júpi.

No hay respuesta. Lo suponía. No volverá a hablarme jamás. Esta idea me invade el pecho, lo envuelve como maleza a un campo, como una plaga. El corazón se encoge y siento cómo se va desecando.

El día fue largo. Sumamente largo y confuso. No recuerdo lo que hice. Si lloré, si oré, si escribí... No lo recuerdo. Es posible que estas líneas fueran escritas ayer. O, a lo mejor, serán escritas mañana. Ya no me acuerdo. Ya ni sé lo que digo. Pero ¿qué importa?

Día 16

Suena el celular. Cruzo los dedos para que sea Júpi. No. Es mi madre. No quiero contestar. Pero la idea de que sea una urgencia me obliga. Le digo hola y enseguida pregunto cómo están ella y su esposo y mi hermano. Todos están bien, dice. ¿Yo?, estoy bien. Hoy ocurrió un desastre m'hijo, me cuenta.

—¿Qué ocurrió? —inquiero.

—La gente de por aquí ya no tiene qué comer. Esta mañana se levantaron, tanto extranjeros como dominicanos, y se fueron al mercado Pueblo Nuevo a vender sus mercancías para poder comprar. ¿Adivina qué pasó?

—No lo sé m'ma. ¡Dímelo!

—La policía los encontró y les entró a latigazos y ya te puedes imaginar. Llevaron presos a algunos y los otros lograron huir. Tu hermano estaba con ellos y aún no ha aparecido.

Se calla un rato, como pensativa, y después, con un cambio de voz, añade:

—Tu padraastro no se levanta de la cama desde la semana pasada. Tiene una fiebre que le cocina la piel. Creo que enfermó por no poder ir a trabajar. Ya sabes, no es hombre de ocio... En cuanto a mí, esta acidez en el pecho y esta asma no me dejan dar ni un paso de aquí a allá. Yo m'hijo ya no sé. No quiero darte más carga de la que ya tienes. Pero sospecho que aquí moriremos de hambre antes de que nos mate este virus.

Concluye con una voz que ya no es su voz. No, esa no es la voz de mi madre. Tampoco esa es mi madre. Siento una piedra en el pecho. Los quiero ayudar. Pero ¿cómo? Aprieto las cuerdas vocales, me quedo callado para que no se dé cuenta de que gimo. La garganta se me encoge. No sé qué decirle. ¿Hijo?, me llama para asegurarse de que sigo en línea. Remojo mi garganta con un trago de saliva y le digo que sí, que estoy aquí, que no se preocupe y que pronto todo estará bien. Sabe que lloro. Me conoce demasiado. Sabe que quisiera poder ayudar.

—No me preocupo por mí —me explica—, sino por ti.

—Yo estoy bien. Por mí no te preocupes.

Ella llora. Sé que llora no porque emite sonidos, sino porque también la conozco. Le digo adiós y que se cuide mucho, que no salga, que aguante porque todo estará bien. Lo sé, me contesta. Pero sé que no lo sabe y sabe que yo tampoco lo sé. Me suplica que ore. Ora en la mañana en la tarde y en la noche, me suplica. Le aseguro que sí, que lo haré aunque es mentira. Hace tiempo que ya no oro. Solo doy gracias por cada día que vivo y por las cosas que ocurren: malas o buenas. No es que haya perdido la fe. O puede que sí, pero lo ignoro. Además, ¿qué importa? Solo sé que a quien ella me enseñó a dirigir mis oraciones ya no es lo que creía. Supongo que no soy el único desilusionado.

Día 17

Algo ha sucedido: por primera vez en mucho tiempo no me agobian los pensamientos. Me despierto con los ojos clavados en el techo. Siento una neblina dentro de la cabeza, esfumándose en formas vagas, como si yo hubiese bebido la noche anterior. Sin embargo, no me sorprende. Porque es la misma sensación cuando un condenado, que ha estado esperando el día de su juicio, enfrenta al fin la horca o la guillotina. Esa misma sensación de estar entre la espada y la pared. Valga el lugar común.

No me decido a levantarme. ¿Para qué? Nada de lo que haré cambiará el curso de las cosas. Destino. Así es como lo llaman. Esa estúpida palabra, achacada al lápiz sin borrador de un artista torpe que dibuja cuadros con tal carga de resentimiento que sus personajes, hechos a su imagen y semejanza, no transmiten más que inmoralidades, desprecio y ruindades. De seguro que, por eso, me dibujará mi infierno. Pero qué importa. ¿Acaso hay más infierno que esto? Lo dudo. *Pero ya basta.*

Salgo de la cama. Me visto. Aunque cualquier esfuerzo que haga será en vano, aunque cualquier puerta que toque permanecerá cerrada, algo he de hacer. Puede que haya perdido ya la esperanza, pero no la fe. Miro mis tarjetas de débito que, tiradas sobre la mesa, no reciben ningún depósito desde hace tiempo. Las miro con... Es un sentimiento que no cabe

en ninguna palabra. Salgo a la calle, en dirección al cajero automático.

—¡Buen día don! —dice el guardia con voz deprimida. Supongo que es la misma voz que usa cada vez que alguien cruza esa puerta. Y es una lástima saber que la gente que te cuida, te protege y te sirve es la que menos cobra, mientras que los que te roban, te aplastan... Ya no seguiré. Debo callarme. Si no explotaré.

—¡Buenos días! —le devuelvo el saludo.

—Para servirle.

Lo miro con tristeza. No es una frase común. Sé que lo dice en espera de algo, algo que no tengo, que no le puedo facilitar y que también necesito. Reviso las tarjetas: 0.00; 50.00, *¡Ojalá los cajeros automáticos te permitieran sacar 50 pesos!, pensé. El banco se quedará con ellos y quién sabe con cuántos otros 50.00 más.*

El milagro que esperé no ocurrió. Ya se me venció el mes del alquiler. Se me acabó la comida. El hotel donde trabajo está cerrado hasta nuevo aviso. Júpi ya no me escribe. Resultado: sólo quiero morir.

Día 18

Chat Fórum

Bileysi

En mi barrio alguien dio positivo, y uno de los fallecidos es alguien que yo conocía.

Marcos

¡Terrible!, También murió un funcionario de unas de las instituciones dónde trabajo. Hoy traté de ir al supermercado, pero en las filas se contagia más. Me tuve que devolver mejor. Todo parece una novela de George Orwell o Aldous Huxley. ¡Eso es terrible!

Bileysi

Pasamos a la historia. Una pandemia nos ha encerrado en nuestras casas. Las principales ciudades y avenidas del mundo están desiertas. Ver las imágenes da la sensación de que es el apocalipsis.

Esther

Nos destruirá a todos.

Bileysi

Un amigo en California me dijo esta mañana que la comida y las cosas básicas están escaseando.

Marcos

La economía y la globalización se fueron al demonio. Hay países que no producen sus alimentos. Y esto si sigue así llevará a un gran caos.

Bileysi

Mi mamá fue a comprar jengibre ayer y estaba a 300 la li-

bra. Alguien por mi casa está vendiendo mascarillas a 115 la unidad, que antes eran a 15... Ahora estoy pensando que había dejado pagos unos paquetes de gomillas delanteras en el dentista (risas) y ya no sé cuándo regresaré.

Ronny

El limón, el jengibre, los huevos, el ajo y las mascarillas ahora son oro. Voy a sembrar mi propio limonero en una maceta.

Orlando

Yo, sin embargo, estoy optimista. Creo que este virus hacía falta para purgar un poco la existencia humana, que tanto daño hace a la vida.

Yo

Estoy de acuerdo con Orlando.

Heidy

Es exactamente la postura que mantengo.

Vielka, respuesta a Orlando

¿A qué precio? muriendo muchísima gente. No estoy de acuerdo. No me imagino el dolor por el cual deben estar pasando estas personas a las que se le muere un familiar o quién sabe si más sin poder enterrarlo. Por otro lado, hay mucha gente que está pasando hambre con sus familiares porque no han conseguido el dinero del día para comer... Yo no le veo nada positivo a esto. Y eso que soy de las que siempre están tratando de conseguir que nos preocupemos más por el planeta y que paremos un poco el ritmo de vida que llevamos. Pero a este precio no lo quiero. Yo estoy tranquila porque tengo la manera de quedarme en casa, ir al súper cuando se necesite... Pero otros no gozan de la misma gracia. Además de todo el personal que tiene que exponerse todos los días, dejando a su familia, con riesgo de infectarse; Y toda esa gente que está pasando el

Niágara en bicicleta porque no hay atención de calidad en los hospitales...

Kalia

¡Exacto! Lo que más me duele es que dicen que se queden en casa, ¿pero y los que no tienen casa?, ¿y los que deben trabajar a diario porque si no, no comen?

Yo, respuesta a Vielka

¿Pero quién es el responsable?... Imagina el planeta como ente consciente y decidiera vengarse, ¿acaso no le sobrarían razones?... ¿Con qué cara o coraje nos pondríamos en su contra o decir que no tiene derecho?

Bileysi

¿Qué cosas dices?, el planeta no tiene conciencia. El planeta seguirá siendo planeta con o sin nosotros.

Yo

No es que no se entienda eso. Pero si este virus es lo que debe devolver la humanidad al ser humano (la inhumanidad hacia el prójimo siempre ha causado más muertes), que la naturaleza haga lo que mejor le parezca. En las revoluciones siempre hay pérdidas y dolor, pero luego las cosas se mejoran... Aunque después volverán a joderse. Y no creas que el hecho de que el planeta sea una bola que gira significa que es un ser muerto, que no siente el dolor que le causamos. El planeta es todo lo que lo compone: los árboles, los animales, los ríos y etc. Y si me apoyo en la idea del karma, lo que ahora cosechamos es porque lo hemos sembrado.

Bileysi

No hay nada de divino en esto. Es solo un virus que mutó porque la naturaleza evoluciona. Evolucionan los humanos, las plantas y todo. El humano es también naturaleza y está

en su naturaleza el buscar la manera de sobrevivir. Es selección natural, el más fuerte sobrevive. Si el planeta se queda sin planta, sigue siendo naturaleza. Porque naturaleza es todo cuanto existe, desde los asteroides, hasta el metal con que fabricamos instrumentos.

Yo

¿Llamas evolución a las porquerías que destruyen el planeta?, La evolución no destruye, sino la involución.

Ronny

Cuando las personas dejemos de creer que somos el centro de la naturaleza y del universo, veremos las cosas con más claridad. La crueldad es parte de la vida, las desgracias, las injusticias... Miles de formas de vida sufren, padecen y mueren todos los días. Lo que pasa ahora es parte de los cambios naturales. Tomemos precauciones, cuidémonos. Pero lamentarse, lloriquear, no. Resistirse al cambio es el principio de toda muerte... Y para los optimistas, les recomiendo leer o releer el cuento «La autopista del sur», de Julio Cortázar. Ahí vemos cómo suele comportarse la gente durante y después de una crisis.

Orlando

Yo hablo de la vida en general, la naturaleza que se alivia de nuestros desmanes. Mi optimismo no es muy grande con respecto a la humanidad, que tiende a repetir su errático accionar.

Jordan

Yo creo que debemos ser como el Corona Virus. Tiene mucha sabiduría. Él no distingue clases sociales, nacionalidad, género o color de piel. ¡Gracias a Dios por el Corona Virus! Por todo hay que dar gracias: eso es parte de nuestro Karma.

Marcos

Debes dar las gracias cuando seas tú el infectado.

Jordan.

Exacto. Un cristiano contagiado no da las gracias, sino pide la salvación...

Vielka

Con todo el respeto que te mereces, Jordan, espero que nadie cercano a ti se vea afectado por esto, porque te hará cambiar de opinión de mala manera.

Jordan

Si muere mi madre o mi hermano, es porque es su karma, Vielka.

Miguel

Yo no logro entender cómo personas que leen, que se suponen cultas y con la sensibilidad de artistas, pueden escribir tantas estupideces sin sentido común, mientras hay personas agonizando y muriendo aquí, en España, Italia y en todo el mundo. Además de las personas que están en cuarentena pasando hambre. Aquí se están haciendo comentarios fascistas.

Marcos

Esos mensajes que Miguel cataloga de fascistas yo los catalogaría de antihumanos.

Yo

Dios nunca se culpó y nadie nunca lo tildó de insensible o anti humano por haber matado a tanta gente en Sodoma y Gomorra, incluyendo niños que no entendían del pecado. Y a veces me pregunto si su justicia está por encima de su humanismo... Nosotros los humanos pensamos que somos los seres más sensibles del planeta y eso me parece pura hipocresía. Porque esa sensibilidad no es más que el reflejo del miedo que sentimos, y los infectados y los muertos nos hacen ver nuestra calidad de materia y lo «valenada» que somos. Con eso no digo que

no haya que lamentar y dolerse y compartir las penas de la otredad. Pero si Dios o Allá o el Tao o llamese como se llame permite que la naturaleza nos devuelva las consecuencias de nuestras acciones, no pensemos que somos más sensibles y más justos que Él. Así que déjense de hipocresías. Yo me declaro humanista y eso incluye el amor al planeta tanto como al prójimo. Pero nunca amaré más al prójimo que al planeta, porque si se destruye el planeta, no nos quedará más prójimo.

Miguel

Mientras Latino América se está jugando la vida en estos momentos, aquí se buscan justificaciones pseudorreligiosas importadas de Oriente y pseudofilosóficas para «comprender» las muertes de personas inocentes que no tienen culpa de esta tragedia.

Jordan

Yo lo que digo es que todo es fruto del Karma. ¡A la mierda el coronavirus! Este proyecto nos matará a todos. ¡Quédense en casa!

Día ...

Ya no vale la pena despertarse y mirar por la ventana. Todo lo que ocurre allí fuera se ha estampado en los ojos: el mismo camión de basura a las siete, las mismas palomas que empiezan también a sentir el ronroneo del hambre en las tripas, los mismos perros que se les adelantan a los indigentes en la basura...

Los días, despóticamente largos, pesados, renuncian a marcharse una vez instalados. Y aunque Cronos los remolca con brazos de hierro, ya no los cuento. ¿Para qué? Al principio, creí que sería una buena táctica para que no me aplastaran. Me equivoqué. Ya no hay lunes, ni martes, ni miércoles... nada. Todos los días son gemelos y llevan el mismo nombre: *Covid-19*, o *confinamiento*, cariñosamente. Lo único bueno en todo eso es la idea de que la lentitud con la que renguea el tiempo disminuye la velocidad de la descomposición de nuestro cuerpo y retrasa nuestro curso hacia la muerte.

Con la fuerza del deber salgo de la cama. Me siento a escribir, pues la única forma de domar a los pensamientos es trancarlos tras estas rejas de papel. Pero hace días que mis dedos no concuerdan con mi cabeza, ora no son tan rápidos para captar todo lo que ocurre aquí dentro, ora es algo (no sé qué) que se establece en ellos, algo que los aplasta y se emperezan... Además de este bochorno que, anunciando el verano, comienza a instalárase en la espalda y en la cabeza, dilatando los pensamientos que se derraman

con tanta velocidad que los sentidos son incapaces de alcanzarlos. Ya sé: es por eso que los dedos se congelan, yertos por el miedo de no poder agarrar ni la mínima idea y trasladarla al papel.

Tomo un libro cualquiera, pero esa maldita conversación me desconcentra.

—En los hospitales no hay donde clavar un alfiler.

—Lo que me pregunto es dónde entierran tanta gente.

—En las noticias dicen que en los Estados Unidos encontraron un camión lleno de cadáveres enfrente de una morgue.

—Ya me imagino ese hedor.

—¿Y en qué país fue que dijeron que muchos doctores empiezan a infectarse?

—Yo qué sé. Si los doctores s'están muriendo solo queda entregarse en las manos de Dios, m'hija.

Me tapo los oídos. No quiero escuchar ese parloteo entre doña Hache y su hija. Ya sé que la cantidad de doctores que empiezan a infectarse es preocupante. *Cuando ya no quede ninguno, los gobiernos se darán cuenta de que es más sabio fabricar médicos que soldados, pensé. Si los soldados de veras son creados para la paz, que depositen las armas y atiendan a los contagiados. ¡Tremenda tranquilidad nos infundirían!*

Me pongo de pie. Doy vuelta en la habitación, que empieza a ser parte de mi cuerpo, igual que mis brazos y mis pies, o, tal vez, sea yo quien empieza a ser parte de ella, a fundirme con sus blancas paredes, a convertirme en sus ventanas y vanos, *aunque no será por mucho*. Ya no salgo a las calles. ¿Para qué? ¿Para

ver cómo los indigentes se tiran en los rincones?, ¿para ver cómo el hambre se asienta en los rostros de los limpiabotas?, ¿para ver cómo los vendedores ambulantes almuerzan sus bostezos sin saber cómo mirarán a los hijos que esperan su regreso, mientras se siguen gastando millones en campañas electorales? No. No puedo.

El diario vivir se ha vuelto pesadilla. Sé que no me quedaré aquí, trancado para siempre. Que eso acabe o no, hay que salir. Estirar las piernas, desoxidar las articulaciones. *Ojalá pudiera callarme los pensamientos.* No quiero volverme loco. Debo salir. Debo salir. Debo salir. Ya lo sé. Pero lo raro es que ni has traspasado la puerta y ¡zas!, «Señor, tiene algo que me regale. E' pa'l hambre», te dicen agarrándose el estómago. Pero no saben si tampoco tienes para comer. No saben que pronto, cuando ya el dueño de la casa te pida que te vayas, serás su *compañero de calle*. No. No lo saben. No quiero salir. *Debo salir. Debo salir. Debo salir. ¡Ya calla!*

Día ...

No puedo mirar a doña Hache a los ojos, que sigue dándome de comer aunque ya, hace tiempo, se me acabó la comida. No tengo otro remedio que ayudarla a limpiar, a matar cucarachas, a echar trementina en las maderas podridas de la casa que, si no fuera por ella, el comején terminaría por derrumbarla encima de nuestras cabezas. Así, al menos, me siento menos en deuda. Pero no lo aguantaré por mucho. No. Aunque no se sabe cuándo acabará todo eso. *O quizá no tenga que esperar que se acabe.* Aunque ella no me dice nada, sé que soy una carga. Para no pensar en ello, más que por pensar que a Ronny no se le puede dejar en visto, abro unas fotos que esta mañana él me envió por *WhatsApp*. Son recortes de periódicos. No tengo ningún deseo de abrirlos, tengo la cabeza en otro sitio que no es mis hombros. Sin embargo, los abro y leo:

I

**Alain Tourraine, Fragmento de conversación
con Ideas por teléfono, desde su confinamiento,
en París, 28 de marzo del 2020**

*Estamos en guerra, dicen Emmanuel Macron, Pedro Sánchez, Donald Trump. Y me preguntan si es correcto. Técnicamente la guerra enfrenta a un ejército A que invade el territorio del país B. Hacen falta al menos dos y ocurre entre humanos. Aquí, en cambio, lo que vemos es lo humano contra lo no humano. No critico el empleo de la palabra **guerra**, pero sería*

una guerra sin combatientes. No hay un estratega: el virus no es un jefe de Gobierno. Y, del lado de lo humano, creo que vivimos en un mundo sin actores... Por eso, lo que ocurre es todo lo contrario de una guerra, con una máquina biológica de un lado y, del otro, personas y grupos sin ideas, sin dirección, sin programa, sin estrategia, sin lenguaje. Es el silencio.

*Lo que más me impresiona ahora, en tanto que sociólogo o historiador del presente, es que hacía mucho tiempo que no sentía un tal vacío. Tampoco hay remedio ni vacuna. No tenemos armas, vamos con las manos desnudas, estamos encerrados solos y aislados, abandonados... Estamos en el VACÍO, reducidos a la NADA. No hablamos, no debemos movernos, ni comprender. Nos encontramos en ningún lugar... Esta epidemia tiene lugar en un periodo en el que no sabemos ni cómo ni por qué... Es demasiado pronto para saber qué hacer económicamente, y políticamente no se nos pide otra cosa que quedarnos encerrados en casa. Estamos en el **no-sentido**, y creo que mucha gente se volverá loca por la ausencia de **sentido**...*

Eliminar

II

Caja Negra, Fragmento de Entrevista a Pepe Mujica, Youtube

Va a haber una guerra de laboratorio quién saca la vacuna primero y lo' remedio' que ni te cuento. ¡Que ni-te-cuen-to!... Ahora tenemos la crisi' de la pandemia, pero pasado mañana tenemos las consecuencia'. ¡Tres mil y pico de millone' de personas en este mundo haciendo cuarentena y parado y eso! Es demasiado pa' que no no' salpique a todo...

Eliminar

III

Nuccio Ordine, en su casa de Calabria, entrevista por Skype con La Vanguardia, 15 de marzo del 2020

Los italianos estamos todos en prisión. Es una gran tristeza, todo está cerrado, solo abren las farmacias y los supermercados. Me falta la libertad de salir a comer con los amigos, ir al cine o a un concierto...

Matteo Villani escribió su crónica de la peste, la enfermedad que lo mató, para él la enfermedad es un castigo que Dios nos envía por la corrupción y los pecados que dominan el mundo. Hoy, en Internet, muchos sitios hablan de punición divina, hay gente que propaga ideas locas. En este momento en que la gente no se puede abrazar, darse la mano o besarse, descubrimos que no es verdad la idea que regía el mundo, ese individualismo que asegura que los hombres son islas separadas. Al contrario, tenemos necesidad del otro. Si me daño yo, daño a la comunidad entera. La humanidad es un continente; como decía el poeta John Donne, «ningún hombre es una isla».

En Italia ya hemos vivido que, en los hospitales, no hay suficientes máquinas de respiración asistida, con lo que si, de las 50 de un hospital, solo quedan dos libres y de repente entran cuatro enfermos, el médico está teniendo que elegir quiénes de los cuatro van a sobrevivir. ¡Es terrible!

En estos momentos dramáticos para la humanidad, hay gente que piensa en hacer dinero. En Internet se venden cosas que cuestan 50 céntimos por 30 euros porque la gente, en su desesperación, está dispuesta a pagar lo que sea por mascarillas o desinfectante para las manos (agotado en toda Italia). También se venden hoy vitaminas contra el virus, que, por supuesto, no

hacen nada contra él. El virus nos muestra la importancia de la solidaridad, que algunos habían olvidado. Leamos la última página de La peste de Camus: «Esto es lo que se aprende en medio de las plagas, hay más cosas en los hombres a admirar que despreciar» ...

Eliminar

IV

Fragmento de entrevista a Slavoj Žižek, Eslovia

No entiendo incluso lo que ocurre aquí. Todos los comunicados oficiales comienzan con un «No hay razón para entrar en pánico, que nadie entre en pánico» y luego todo lo que te dicen son razones para entrar en pánico... El coronavirus nos da una vez más la oportunidad del comunismo. Claro, no me refiero al comunismo anticuado. Por comunismo, me refiero simplemente a lo que la Organización Mundial de la Salud está diciendo. Que deberíamos movilizarnos, coordinarnos y demás... Están diciendo que al país le faltan máscaras, respiradores y demás... Deberíamos tomarnos esto como una guerra...

Eliminar

V

Entrevista a Noam Chomsky

Esta pandemia del coronavirus podría haberse evitado, la información estaba allí para prevenirla. De hecho, era bien conocida. En octubre de 2019, justo antes del brote, hubo un simulacro a gran escala en Estados Unidos, sobre una posible pandemia de este tipo. Un simulacro sobre los riesgos y efectos de un eventual brote epidémico global, organizado por el Centro Johns Hopkins...

Los organismos y actores que formaron parte del evento advirtieron de que la próxima pandemia causaría grandes enferme-

dades, muertes, y podría desencadenar importantes consecuencias económicas y sociales a nivel mundial. No obstante, no se hizo nada. La crisis empeoró por la traición de los sistemas políticos que no prestaron atención a la información de la que estaban al tanto... La idea de que el mundo está en estas manos es impactante.

Eliminar

VI

Fragmento de «El mundo de ayer», Leonardo Padura, 25 abril 2020, 00:05

... justo cuando llegamos a los tiempos de mayor desencanto político de las últimas décadas (o de desencanto con los políticos y sus actuaciones que hemos estado sufriendo en las últimas décadas), pues nos ha llegado el coronavirus o covid-19, que nos impide viajar y, nos recomienda no acercarnos a otras personas —y ni soñar con tener sexo con un desconocido. Que nos hablemos con un metro y medio de distancia entre nosotros, que nos autoconfinemos...

El mundo que parecía ampliarse y hacerse menos ajeno es hoy un lugar hostil, del que debemos apartarnos.

La muy justificada histeria generada por este nuevo virus tiene y tendrá proporciones y consecuencias realmente apocalípticas, con independencia de su justificación real, avalada por las cifras de contagiados y muertos...

¿Hasta dónde llegaremos en esta carrera de dolor y de miedo? Nadie lo sabe. ¿Es el fin de los tiempos, de la sociedad? No, no es el fin de los tiempos ni de la sociedad, pero puede ser el fin de una manera de vivir en el tiempo y en sociedad...

Aun con las muestras de solidaridad y de altruismo que hemos aplaudido, el mundo de hoy está enfermo, no solo de corona-

virus, sino de otros males para los cuales no habrá vacunas (nacionalismos, fundamentalismos) y me hace temer a cómo se organizará el mundo de mañana, quizás cuando los poderes políticos nos digan que otra vez podemos besarnos y abrazarnos, hablarnos y tocarnos... y ya tengamos miedo de hacerlo o, incluso, no sepamos cómo hacerlo...

Eliminar

¡Suficiente!, decido. Si sigo terminaré volviéndome loco. Arrojo el celular, pero esas entrevistas siguen rondando mi mente como carcoma. No quiero volverme loco. Me tapo los oídos como si eso ayudara a desmochar las alas de los pensamientos. No quiero volverme loco. No quiero volverme loco. No quiero... repito uno y otra vez hasta que el sueño me lleve en su regazo.

Día ...

Tengo la impresión de que el universo se me ha desplomado encima y me ha dejado aplastado en la cama. Fueron las pesadillas, me digo. Pienso en aquellas entrevistas que leí el día anterior. Cuando los intelectuales y los científicos pierden la fe, pienso, no nos queda más remedio que orar, sin importar a quién, sin importar cómo, sin importar para qué. Lo paliativo es orar. Que seas ateo o no, que seas ángel o demonio, lo importante es orar. *Orar, orar.*

Día ...

Crees que ella te ha olvidado No puede ni debe Sabe bien que la necesito Sabe bien que Dios mío no puedo Estúpida estúpida estúpida El estúpido eres tú que te encierras aquí sin hacer nada para remediar el daño Llamas y llamas y llamas nada más como si con llamarla sin encontrarla se resolviera el problema Calla Cállate tú y escucha Recuerdas el nombre del lugar donde te dijo que vive Alma Rosa I Calle Puerto Rico Por qué no vas allí a buscarla Y con qué dinero Pídele prestado a doña Hache Y cómo se lo devolveré Cuando todo esto acabe Y cuándo acabará Acabará cuando acabe Calla Cállate tú cobarde Por eso estás aquí en esta maldita situación Por tu cobardía Nunca te atreves a dar el paso decisivo el paso que haga falta para conseguir lo que quieres y mereces Que te calles Lo mismo sucedió con Mo Lo mismo sucedió con Emmelin Lo mismo con Josi y ahora Júpi Ella es diferente Claro que lo es y justo por eso no debes cometer la misma equi Calla No quiero volverme loco no quiero volverme no quiero Dios mío

Día ...

La cabeza inclinada sobre la hoja. Los ojos cerrados. El lapicero entre el índice y el dedo corazón. Los dedos clavados en las sienes. Me rompo el seso para encontrar las palabras, que se rehúsan a dejarse atrapar...

~~Escribo estas líneas que, posiblemente, no leerás.~~

~~Quizá sí, las leerás, pero no las entenderás.~~

~~Porque tus ojos no serán, o ya no son, los de antaño
cuando fueron graduados para mí...~~

Tachar

*Cogido en el cepo
como humo en redoma
velo la impotencia que...*

Golpes de nudillos en la puerta me sobresaltan. Molesto, me levanto y abro.

—Pero m'hijo, ¡cuántos días trancado! Tienes que salir. Aunque sea a la galería. Tomar un poquito de aire.

Cambiar esa cara de... ¡Santo cielo!

Evito mirarla a los ojos. Sé que tiene razón y que está dispuesta a hacerlo todo para que me sienta cómodo y en casa (mi casa). Pero ¡Dios mío!, ¿cómo puedo estar abusando tanto de su generosidad, sabiendo que somos víctimas de las mismas circunstancias?

—Sé lo que estás pensando —dice, segura de sí, poniendo sobre mi hombro una mano carnosa, color lechosa, olorosa detergente—. Pero no te preocupes.

Hoy por ti, mañana por mí. Y todo saldrá bien. Tú verás —me palmea la espalda. Da media vuelta—. ¿Puedes ayudarme con algo?

Digo sí con la cabeza y le pregunto con qué.

—A mover este bulto, m'hijo. Ya tengo los brazos acabados y eso pesa más que un matrimonio obliga'o. Me río. Siempre logra sacarme la risa sin importar la situación.

Al terminar, le pongo una mano sobre el hombro y la miro fijo a los ojos.

—Muchas gracias, doña Hache.

—¿Por qué?, si eres quien me acaba de ayudar.

—Ya sabes. ¡Por todo! —le digo y camino hacia mi habitación. Siento su mirada en mi espalda.

Vuelvo a inclinar la frente sobre la hoja. Pero ya las palabras se han ido, en busca de otros parajes.

Día ...

De pie en la ventana, observo las distintas variaciones de la luz del Sol, el ingenioso comportamiento de las palomas, los alambres por dónde camina la electricidad sin que esos se ardan... Estoy resuelto a no hacer nada más que mirar cómo sucede el día, luego quedarme tirado en la cama, a estudiar el techo, las paredes, y contar las carcomas que van cayendo de las maderas... Pero viene y suena el celular a distraerme de esta tarea. Es Ronny. Farfulla algo incomprensible, o soy yo quien se niega a comprender lo que acabo de oír. ¿Cómo?, replico, ceñudo y alarmado.

—Murió Miguel, hermano —repite.

El corazón da un salto como cuando se dispara una ratonera. Por un momento todo se detiene como una *película que alguien pone en pausa*; luego una nube espesa que obstruye todo y una sensación extraña me recorre el cuerpo, hasta que la voz del otro lado del celular vuelve a reanudar el tiempo.

—Nadie supo que estaba contagiado. Su familia quiso guardar el secreto. Fue su hermana quien me lo comunicó. Me dijo que se lo dijera al grupo. Es un golpe duro, hermano. Es un golpe duro —concluye. La voz le suena ahogada, entrecortada, automática. Siento como si una mano me clavara en la ventana y no pudiera moverme. De repente un enjambre de recuerdos me cruza la memoria: Miguel y yo tomando café, Miguel y yo sembrando caos en talleres litera-

rios, Miguel y nosotros haciendo cadáveres exquisitos en el parque de las palomas o en el César Vallejo, Miguel y yo destripando a Huidobro, Miguel explicándome las técnicas de la escritura: «mira, imagina que regresas del trabajo después de un día de mierda, con un jefe ladrando en tu culo, entras a tu casa, pones un Ludovico, tomas una taza de té, te quitas el zapato y sientes cómo el frío del piso se te mete por los pies hasta la cabeza, eso es escribir, hermano...» Todo se embrolla y es como si pasara una tormenta y no me dejara nada por dentro o me dejara todo hecho un desastre.

—¿Qué Miguel, Ron? —la voz me sale temblorosa. No es lo que quise decir, pero mi boca ya no es la que controla las palabras, sino ellas mismas.

—Él mismo, Marc, no hay otro.

El alma se encoge. La lengua pesa una tonelada. Los labios se adhieren y las palabras se estancan en un charco de llanto reprimido en la garganta. Intento creer que la muerte es lo que cuenta John Donne en su poema «*La muerte no te enorgullezcas*».

... *Porque aquellos a quienes crees poder derribar*

No mueren, pobre Muerte.

Cómo quisiera creer que sea cierto. Cómo quisiera que todo fuese una novela, una película de terror o alguna pesadilla y pensar que, en un parpadeo, en un chasquido, habremos terminado de leerla o de verla y que pronto todo vuelva a la normalidad. Pero esas noticias, que nos dejan destrozados, esas ambulancias que no callan, te mantienen despierto en esta horrible realidad.

Mantengo el celular en la sien. Callado, tieso. Todo me parece cubierto de niebla. Ronny tampoco añade nada. No hay nada que añadir, lo sabemos, o quizás el silencio sea una forma de decir todo lo inefable. ¿Cómo adaptarse a la idea de que un amigo se ha ido y no volverá jamás? Que nunca volverás a verlo sonreír, a hacer las tonterías que con él solías hacer. A pelear, a ofenderse para luego reconciliarse. A llorar y a decir cosas que a nadie más *tendrías el valor de decir...* Es como si una parte de ti, un miembro, una costilla, se hubiera roto para siempre. Un vacío que nunca se llenará.

Presiento asomarse por un ojo una lágrima.

—¿Habrá un entierro? —digo por decir algo, para no ahogarme del silencio.

—No, hermano. El hospital no quiere entregarlo. Dicen medida de precaución. Supongo que el cuerpo sufrirá la misma suerte que los que han muerto por el virus.

El cuerpo, pensé, ¿así que eso es lo que somos al final de todo? Sin importar el color, la nacionalidad, la belleza o la fealdad; sin importar lo que fuimos, lo que dejamos hecho en esta tierra..., es lo que queda de nosotros. Un cuerpo tendido, que puesto al lado de cualquier cosa es lo mismo. Ni siquiera es superior al lado de un animal muerto. El cuerpo. Eso es lo que somos. Lo que queda de nosotros. No puedo creer que estamos hablando de Miguel refiriéndonos a él como «el cuerpo».

—Merece más que eso, Ron... Miguel merece más que eso.

—Lo sé, hermano. Lo sé...

—¿Y cómo está su familia?

—Debe estar destrozada. Sabes que era él quien abastecía a su madre y sus hermanos... Todos dependían de él.

Se calla un momento. Escucho cómo lucha con el llanto al otro lado del aparato, y luego:

—Lo que más me encojona es que uno ni puede hacer un gesto con ellos, hermano. Y dizque uno es licenciado y estudió para tener un futuro asegurado, una mejor calidad de vida y una estabilidad económica... Y mira que ni puedes ayudar a la familia de un amigo.

—No estás trabajando Ron... Tú no tienes la culpa... Estás dando y haciendo lo mejor de ti y...

—Este país es una mierda hermano..., una mierda... Y uno con una maldita impotencia...

—¿Y qué dicen los jefes de su trabajo?

—Que les van a seguir pagando un por ciento de su sueldo y que el gobierno pague el otro para seguir ayudando a la familia. Pero ya sabes cómo funciona eso. Dicen pero no hacen. Tan pronto como se les presenta la ocasión dejan olvidada a la familia y así. Quién sabe lo que pasará con ellos... Y ahora que no hay trabajo, porque al menos uno podría contactar a alguien y colocar a uno de ellos ahí hasta encontrar algo mejor y fijo, pero dónde. Y con todo no te piden otra cosa que *quédate en casa, quédate en casa*. Cómo carajo alguien va a poder quedarse así en casa... ¿Esperando que el hambre acabe con él?

Escucho cómo se altera. No puedo decir nada al res-

pecto. Y esa sensación de inutilidad, de impotencia, se hace más potente en las venas y siento cómo se van hinchando como si fueran a explotar. No puedo pedirle que se calme. Y ¿cómo si peor me siento yo? Nos despedimos con la conclusión de reunirnos todos cuando todo acabe y hacerle un homenaje. Lo menos que se puede hacer.

La noche se desploma en la habitación antes que acabe el día.

Día ...

Anoche fue horrible. Y, definitivamente, creo que las palabras ya no son lo bastante anchas para que quepan los sentimientos. No, no lo son. Ha empezado el insomnio, como si la dilatación del día no fuese suficiente. Ojalá Júpi accediera a hablarme. Ojalá Ronny no me hubiese dado esa noticia de Miguel. Ojalá yo no hubiese existido, ¡*Dios mío!*

Extiendo la mano hacia la mesa. Busco la caja de cigarrillos, que el pianista me regaló hace ya ¿dos semanas? «Sé que no fumas, pero guárdala. Nadie sabe hasta dónde nos llevará este confinamiento», había dicho con una sonrisa irónica. Salgo a la calle porque doña Hache no quiere que se fume aquí dentro. Sabe Dios por qué. De todas formas, aprovecharé para distenderme las piernas y ordenar las ideas.

La caminata, agradable, me va mejorando el humor. Tal vez por los cigarrillos que, sin darme cuenta, voy chupando bajo el agobio de la ansiedad. Por *la Mella* no parece que alguna vez hubo tiendas, ni comedor, ni ningún mercado. Solo los bancos y los supermercados permanecen abiertos. ¿Dónde se habrán ido los relojeros que pescaban el tiempo, los vendedores de *ropa de pacas*, de artesanías, la doña que vendía gafas baratas, la heladería donde todo costaba veinticinco pesos...? ¿Dónde se habrán ido y de qué vivirán ahora si su vida dependía de sus ventas cotidianas?,

me iba preguntando, chupando inconscientemente los cigarrillos. El hilo del pensamiento me lleva a imaginar los alrededores de la UASD, ¿y los fruteros?, ¿y todo aquel reguero de vendedores de frituras, las papelerías, los librereros, los «*wa wa wa*» *que viven de limpiar vidrios de vehículos? Con qué tipo de estoicismo encararán este nuevo ¿estilo u orden? de vida: depender de una miseria que el gobierno les deposita cada quince días. Los que tienen suerte de recibirlo, claro.*

Escucho de dos mujeres el relato sobre dos amigos que tenían juntos un colmado, y a la tercera semana de la pandemia uno fue con un camión de acarreo, se llevó todo lo comestible y solo dejó los estantes y los congeladores vacíos, luego desapareció.

Las microempresas que se quiebran y no habrán de reponerse nunca jamás, y las macros que sí se repondrán, pero arrastrando las patas traseras, ya rotas, como perro al que algún camión le rodó por encima de la cintura. Todas estas ideas contrarrestan el efecto de los cigarrillos sobre mi humor y van acrecentando mi pesimismo y siento cómo la ansiedad va invadiendo cada esquina de mi cuerpo, lo que provoca un extraño acontecimiento: chupo con avidez los cigarrillos como si bebiera el humo a través de un sorbete. Ni cuenta me di cuando acabé la mitad del paquete. Al fin y al cabo, el pianista tenía razón. Tomo el camino de regreso, sin fumar ya, tratando de no pensar en nada que me perjudique.

Día ...

Escuchas el viento matutino, sus huellas sobre las chapas de zinc, sus manos que descuelgan las hojas y las arrastran sobre la espalda de la calle... *¡Las ambulancias!* Escuchas el gutural matinal de las palomas como si cantasen un himno a la aurora, sus alas que la aplauden dándole la bienvenida... *¡Otra vez las malditas ambulancias!* Ya no hay aullidos madrugeros. Los perros duermen su cansancio y su hambre. Ya no hay ladrones montando guardia...

Miro el reloj: 7:28 am. El sueño esta vez fue placentero. Me siento descansado. Puedo decir que los cigarrillos tuvieron su efecto. Puede ser. Hace tiempo que ya no subyugo el sueño con alarma. Sin embargo, permanece la depresión.

La ciudad es una recoleta transitada por clamores de ambulancias y almas en pena.

Me ha llamado Ronny. No se siente bien. Tiene fiebre. Diarrea. No tiene apetito y se siente débil. Estoy paralizado. Quiero creer que es por la muerte de Miguel, que es el susto que aún le ronda las tripas. Pero ese miedo en las venas que derrumba el coraje del espíritu. Ese cruzar de dedos para protección de los nuestros (*¿y los otros?*). ¡No, amigo mío! No es lo que pensamos. No debe de ser. Pronto estarás bien. Seguro es un cambio de clima del cuerpo, que pronto volverá a la normalidad...

Las palabras se me esconden de los labios, de las manos y de la pluma como si jugaran al escondite. Me tiemblan los labios y la preocupación los mantiene adheridos. Siento que el alma huye del cuerpo, en busca de refugio. *Pero ¿hay otros lugares acaso mejores que el cuerpo? Que alguien me lleve allí, donde el dolor, donde las penas y donde el mal son impenetrables...*

Día ...

Hoy ha sido oscuro. Nada nuevo. Solo dolor, preocupación y tormentas.

Día ...

He decidido salir de la cama. El día está desbordado de sol. Ni una pizca de nube en el cielo, o, mejor dicho, ni una partícula de humo que dibuje nubes artificiales. El celeste parece santificado. Sin embargo, nada me invita o me anima a salir. Llevo días sin escribir, sin leer... Sospecho que tengo el cerebro corroído. Las ideas han perdido su orden: vienen y se van en tropel. Solo en la ducha, cuando abro el grifo, cierro los ojos y el agua me cae a sus anchas de la cabeza para abajo, me vienen bien los pensamientos: las palabras desfilan con una precisión y velocidad perfecta, al ritmo del corazón, y siento una claridad dentro de la cabeza, entonces sé qué debo hacer. Cierro el grifo. Me seco las manos. Tomo el cuaderno y el lapicero que siempre llevo conmigo al baño; entonces ¡zas!, todo desaparece. Vuelve a reinar el desorden; el tropel de pensamientos sin pies ni cabeza. Quizá deba aprender a escribir bajo la ducha mientras me cae el agua sobre el cuerpo, así, rescato algunas ideas. Sí, es lo que debo aprender. Pero ya llevo días sin bañarme. Creo que la cabeza no anda bien: sufro de falta de atención y concentración. Me olvido tanto de las cosas que si no fuera por la edad diría síntomas de Alzheimer. Me siento disperso, mal que achaco a nuestra cualidad de hombre de caverna.

Se me dañó el celular, ya hace semanas. Llevo días sin saber de mami y su esposo, ni de Júpi ni Ronny. Ten-

go el corazón colgado entre los dedos. Temo recibir una noticia espantosa el día que volvamos a hablar. Aunque no sé cuándo llegará ese día.

El dueño de la casa me pide que me vaya, que otra persona quiere alquilarla. ¿Es desconsideración o ahora solo vive de la renta?

El dinero que se supone que el gobierno deba pagarme por la suspensión del trabajo (según la empresa no hay recursos para seguir pagando empleados) nunca llegó. Mi jefa no repite más que una frase: «eso no es asunto mío». ¿Entonces de quién? No puedo consultar con un abogado. La pandemia llegó antes de que pudiera renovar mis documentos. Los débiles siempre pierden o, como dice el dicho: «cucarachas nunca tienen razón delante de gallinas», es un hecho. Ya no circula en mis venas otra cosa que esta rabia que la impotencia engendra.

Si tan solo pudiera comunicarme con Júpi, escuchar su voz, distraerme con su risa, quizá me sentiría mejor. O quizá no. Pues a la hija de doña Hache le han botado de su empleo y la ayuda que le daba a su madre no alcanza. Apenas si ella tiene comida para una o dos semanas. No puedo seguir dependiendo de ella. No. No puedo... *Pero, ¿y si salgo a la calle, sin mascarilla, sin guantes, exponiéndome a que me infecte?, entonces no tendría más preocupación por la casa, ni por el trabajo, ni por la comida... ¿y si me muero?, ¡mejor!, así todo se acaba; así vuelvo a encontrarme con Miguel. Sí. Esta es la solución.*

Día ...

Hoy me desperté más temprano de lo habitual. Ordené la biblioteca, el cuarto. Me bañé y me preparé, resuelto a salir.

Doña Hache me mira espantada, las cejas arqueadas. Su cara me interroga, ¿para dónde vas sin mascarilla y sin guantes? La miro y hago caso omiso a su observación. No me dispongo a contestarle, a menos que verbalice la pregunta. Pero no lo hará. Lo sé de antemano. La expresión de mi rostro no se lo permite. Ella reconoce esta mirada mía. Ya ha sido víctima de ella durante los primeros meses en que me mudé a la casa que ella atiende.

Recién me habían atracado y había venido a vivir aquí, justo para morirme en paz, porque la casa me daba (aún me sigue dando) esa sensación de estar en casa; esa sensación que experimenta uno al regresar al hogar de la infancia después de haber consumido una larga odisea. Con la sola diferencia de que mi odisea había sido mi vida y sus mil breñas, sus mil valles de muerte, que yo había recorrido descalzo... Entonces aquí estaba, esperando con brazos en cruz a la muerte, como quien espera una bendición porque no le queda nada, hasta que ella, doña Hache, me lo ofreció todo. Sí. Una razón para seguir viviendo, para encontrar la razón de existir; razón que ahora se esfuma como vapor detrás de oscuras montañas; montañas de temor y de preguntas sin respuestas. Pero ella no tiene la culpa.

Ahora, después de tantos meses, esta mirada ha vuelto y ella la reconoce. Por eso me escruta y me habla con los ojos, con el esmero erguido de los ciegos, sin atreverse a abrir la boca. Pero no le contestaré. Sabe que no lo haré. Nos vemos ahorita, doña Hache, le digo. Me pone una mano sobre el hombro, como una madre que supone que su hijo comprende su silencio, o, mejor dicho, como una abuela que se despidе para siempre de los nietos. Luego suspira. *Es la despedida*, pensé.

Bajo las escaleras. Me sigue con la pena en los ojos, clavados en mi espalda, hasta que la puerta se cierra tras de mí.

La calle parece habitada de fantasmas. Parece ser algún lugar encantado donde todo se sumerge en un letargo letal (*hibernación primaveral*): los carros empolvados, cubiertos de hojarasca y excrementos de aves; las matas zarandeadas, como borrachos, por el viento; los perros y los gatos con sus indiferencias a cuestas; las ratas emigrando en busca de cloacas mejor abastecidas; las casas con sus muertos vivientes cuyos ojos, blancos de pena, inmaculados de desesperación, miran a través de las rejas o de los vanos hacia un vacío sin fondo, sin perspectiva; hacia un horizonte sin línea por donde descansar la mirada. Para penetrar estas caras nadie necesita ser experto. Todos esperan lo peor. ¿Acaso la muerte? Porque ya la pandemia de hambruna se asentó en sus intestinos. Han pasado semanas desde que el *Plan Social quédate en casa* pasó por aquí a repartir una funda con cuatro libras de arroz, un potecito de aceite, unas cinco latas de habichuelas,

dos de sardinas, dos funditas de harina de maíz, y eso fue casi a las diez de la noche, cuando la mayoría de la gente ya dormía. En mi opinión, era como si nos dijeran tomen, pospongan el día de su muerte.

Camino por la calle Número hacia la Billini. Observo el cementerio, que parece más vivaz que la ciudad. *Al menos hay cuervos que mueven la vida desde la muerte, pensé, es el único lugar donde se encuentra Paz absoluta. Porque los políticos, los terroristas, los pastores, los curas, los científicos y demás verdugos y opresores que se mudaron a esa ciudad han entendido que no vale la pena trastornar el mundo y hacer de él un sitio de discordia e invivible*, seguía pensando hasta que la imagen de Miguel surgió de golpe. Pronto nos veremos, hermano, le prometí, pronto nos veremos. Las calles apestan a incertidumbre y miedo. El hambre se cobija en las costillas del mundo, aunque no es ninguna novedad; pero que la cifra de famélicos se multiplique, es algo espantoso. Ninguna diferencia hay entre las noticias de los cuatro puntos del mundo y aquí. *Un virus que predica la no-frontera, reflexiono. Un virus que predica unión, que se burla de nuestras estupideces de género y raza. Sí, un virus que predica...* Aun así, el sarro de la avaricia y la mugre del egoísmo nos embetunan los ojos y nos empeñamos en el individualismo. Todos buscan su cura por su lado, porque así, se sabrá quién es de verdad la potencia del mundo. *Una competencia sobre cadáveres de la humanidad.*

11:00 am

Cruzo la calle Palo Hincado, «¡huey!... ¡huey!», una voz grita a mi espalda. Me detengo. Miro por enci-

ma de mi hombro. Un indigente (que conozco y para quien solía comprar, de regreso del colmado, alguna que otra cosa para que postergara su hambre) me extiende una mano sin carne o una mano cuya carne parece un sudario sobre los huesos.

—Perdone que le moleste, pero no he comí'o nada hoy, ¡deme algo, por favor!

Quisiera cumplir su ruego. Quisiera compartirle de lo que tengo. Pero ¿cómo hacerlo si justo ahora lo único que poseo es hambre y angustia? El alma hecha jirones, le digo que no tengo con un gesto de cabeza, sin atreverme a mirarlo, y continúo de largo.

Sigo por la Arzobispo Nouel. Doblo por la Sánchez y recorro la calle El Conde. Una fila, como el pueblo de Israel en busca de maná, se dilata en el supermercado Nacional, donde los que tienen dinero lo han llevado casi todo, por carros, mientras los demás ni encuentran papel de baño. *¡Qué desolación!*, muscullo.

Una flaqueza me pilla las piernas. Entonces recuerdo que he salido sin desayunar. *Como si tuviera qué desayunar.* También eso me recuerda los tantos días que llevo sin caminar. Tengo las articulaciones oxidadas. Ahora es hora de comer y estoy lejos de casa, sin un centavo en los bolsillos. No pienso volver, al menos no ahora. No quiero que doña Hache se sienta obligada a seguir callando el hambre en mis tripas. Tampoco quiero, en caso de que no cocine, lo que es probable, que me mire como si ella tuviera la culpa de mis desgracias. No. No debo ni quiero volver a casa. Ojalá encuentre un grupo de gente descuidada, esas

que salen a protestar sin mascarilla ni guantes, para introducirme. Sé que no corro el riesgo de infectar a nadie, pero sí, ansío que alguien me infecte. Que me inyecten ese virus en las venas, que me lleven a un hospital cualquiera y que me dejen morir en paz. Así, adiós alquiler, adiós escasez, adiós preocupación, adiós a la vida que pesa sobre el hombre con el que nací, adiós el observar cómo sufren la gente a mi alrededor sin que pueda hacer nada.

Pues ¿de qué sirve seguir viviendo? ¿Para asegurar a los demás que todo está bien sin que lo esté?, ¿o prometer que todo estará bien sin que nunca lo estará? Pues nada depende de ti: ni la comida que comes, ni la ropa que te pones, la carrera y el trabajo que te imponen, ni siquiera la mujer que deseas y la vida que mereces. Nada. Además, ¿no vale diez mil veces mejor que me muera? Pues solo con mi muerte me vengaría de los Dioses. Entonces sí, que me infecten y que me dejen morir tranquilamente porque así, también, al otro lado de la existencia, pueda reprocharle a Dios en su cara... *Si es que hay un Dios. Si es que existe un otro lado...* Para eso, no puedo esperar aquí, hay que caminar y seguir buscando.

3:00 pm

El cansancio me obliga a sentarme en un banco, en una plaza cualquiera. El vértigo me impide ver con exactitud dónde estoy. Me miro las piernas, para cerciorarme de que siguen ahí, porque es como si ya no me pertenecieran. Ocurre lo mismo con los pulmones y da la impresión de que tengo las tripas entu-

mecidas por el hambre. Entonces pienso en los que llevan días sin comer y los que llevan días y años comiendo en la basura para reconfortarme.

Por doquier hay alguien vendiendo mascarillas; limpiabotas lustrando sus vísceras, polvos y piedras; indigentes revolcando basuras como perros hambrientos; motoristas pescando vacíos y de repente se me ocurrió que todos buscan ser infectados para librarse de una vez por todas de la vida. Quizá no sea cierto, quizá sea solo mi imaginación o solo un deseo abominable de que así debiera ser. Pero ¿por qué entonces sus caras proyectan esa *época* como si fuese *la época que m'importa*? Eso explica el disparo de las cifras de infectados. *Quien muere, verá*, dice el poeta. *Al parecer, solo los muertos saben la dulzura de la vida.*

5:00 pm

—Perdone, señor, ¿qué hora es?

Me mira y se aleja corriendo. «¡Tres metros!», me grita. Obvio, no tengo mascarilla. Mira con desdén su reloj.

—Las cinco —. Y sigue a piernas *ágiles* su camino.

Falta media hora para el toque de queda. Es mejor no mencionar cifras, como por ejemplo, «faltan 30», porque entonces el tiempo engaña o abusa de la matemática y cree que son treinta siglos o años o lo que fuera pero menos segundos y no llega nunca. Sin embargo, ahora que mi razón de vivir es morir, tendré paciencia, que tarde lo que quiera. Y si no encuentro algún grupo, me quedaré aquí hasta que me lleve la policía por violar el decreto. Quizá, en el calabozo haya algún infectado.

7:00 pm

—¿Qué haces aquí a esta hora, moreno?

—Estoy sentado.

—¿Acaso estamos ciegos?

—La pregunta me dice que sí.

—Con que eres un duro de esos, ¿eh?, ¿Y qué me dices del toque de queda?

—Digo que es para los ricos.

—También un moralista.

—Llevémoslo por fre'co.

—Bien lo pasará esta noche. Por fre'co.

Me han llevado a la cárcel. Un olor a mierda, a mezquindad y a leyes putrefactas me abofetean las narices. Pero... ¿por qué está tan llena en un momento tan crítico? Solo quería ser infectado por alguien. Por una sola persona al menos. Pero... *¿Y qué más da? ¿A quién le importa?*

Quisiera tener pluma y papel para escribir todo este desastre o, al menos, para entretenerme. Esto lo grabo con un trozo de piedra, así, no se me olvida cuando salga.

Algo me dice que las horas serán largas. Ni acurrucados lograremos acostarnos en este infierno. Y los sobacos malolientes de los presos me trajeron a los labios estos versos de Bukowski, que mastico lento y con desidia:

No has vivido

hasta no haber estado en una pensión de mala muerte,

con nada más que una bombilla

y 56 hombres apretujados en catres

*y todo el mundo roncando a la vez
y algunos de esos ronquidos tan profundos
y tan bastos e increíbles...*

*oscuros,
carrasposos,
infrahumanos,
resollantes,*

del mismísimo infierno.

*Parece como si se te partiera la cabeza
entre esos sonidos de muerte.*

Y los olores entremezclándose:

calcetines sucios y rígidos

y calzoncillos con orines

y excremento y por encima de todo eso

un aire que circula lentamente,

muy parecido al que emana

de los cubos de basura destapados.

Yesos,

cuerpos en la oscuridad,

gordos y flacos y encorvados,

unos sin piernas,

sin brazos,

otros sin cerebro y lo peor de todo:

la total ausencia de esperanza les envuelve,

les cubre totalmente.

No se puede soportar.

Te levantas,

sales,

caminas por las calles,

subes y bajas aceras,

*pasas edificios,
doblas la esquina
y vuelves a subir la misma calle pensando
«todos esos hombres fueron niños una vez,
¿qué les ha pasado?,
¿y qué me ha pasado a mí?»
Está oscuro y hace frío ahí fuera.*

«Qué les ha pasado a ellos, y qué me ha pasado a mí», repito mirándolos, de pie, cada uno en su rincón, en busca del sueño que se hace distante, hasta ausente. El insomnio se ha vuelto la encarnación perfecta de Júpi. Su primera aparición me asalta el corazón. ¿Por qué no le escribí antes de tomar esta estúpida decisión?, ¿por qué no la llamé antes?, quizá le haya pasado la molestia y me hablase, y todo hubiera sido, tal vez, diferente... O, a lo mejor, no. Así está mejor: sabrá que su silencio y su estupidez han sido mi desgracia, y mi muerte le dolerá. Será mi venganza y su culpa... ¡Que me infecten! ¡Que me muera y que ella viva con ello!, con la culpa apuñalándole la consciencia. Sí... Pero, ¡Dios mío!, y si muero, ¿cuándo volveré a verla?

Día ...

Siempre debes tener una agenda para anotar los números de teléfono de tu familia y de tus amigos, me repetía doña Hache una y otra vez. Debí hacerle caso. Ahora, sin celular, solo recuerdo el número de mami y de Júpi. No quiero volver a casa de doña Hache. Más que por vergüenza de seguir abusando de ella, de estar a merced de lo poco que su hija le compra, es por temor a no contagiarla en caso de estarlo yo. Ahora que he salido de la cárcel, que me he descuidado bastante, no quiero poner en peligro su vida.

Deambulo por las calles (silenciosas y fantasmales), sin saber qué rumbo tomar. Camino por la Duarte con un hambre de mil zombis metida en las entrañas. Me resigno. Sé que no soy el único. Basta con examinar la cara de los limpiabotas y los vendedores ambulantes (a pie o en sus triciclos destartalados) para alentarse y recoger valor. Andan y desandan las calles con la cabeza como si fuese una veleta: no es señal de perpetrador, bien lo sé, sino de ilusión, de esperanza; la esperanza de encontrar algo con lo que calmar ese demonio que trenza y atenaza las tripas.

No ando con las tarjetas y, aunque sé que en ellas no hay ni un centavo, no puedo no pensar en la posibilidad de usarlas. *¡Lo que hace la fe o, quizá, la desesperación!* Me interno en cualquier calle, la primera que al instinto se le ocurre. No sé si son mis piernas las que me

llevan o las huellas del camino, pero sé que en algún lugar he de llegar. Lo importante es no detenerse a pensar, porque si no, los pensamientos se embrollan y uno pierde la noción del tiempo; caminar sin parar porque el movimiento reduce su flujo, aunque sé que es cuestión de tiempo para que mis débiles piernas se rebelen.

Sigo el zigzaguo de las calles, hundidas en un sopor pavoroso; hasta ellas parecen víctimas del Covid-19. Cruzo la Zona Colonial y me dirijo al fuerte San Gil. Los indigentes (parecen los únicos, y los que más se asemejan a ellos, que sienten la noción y el peso del tiempo en este momento pandémico) examinan mi aspecto y mi fisonomía y no me piden nada. Lo que me alivia. (A veces, que te ignoren es un insulto, pero hay veces, es un alivio). Aunque no me considero uno de ellos, lo vislumbran. La experiencia hace al maestro. Solo tienen que mirar a alguien para saber si es uno de ellos o no. Lo huelen a distancia. Sus miradas tenebrosas y resentidas me advierten que no les moleste, que no me meta con ellos. Es normal, pensé, no hay nadie que no defienda su territorio, aunque sean las aceras donde de noche descansan sus problemas. Los comprendo. Mejor dicho, trato de comprenderlos, ¿cómo podría pues comprenderlos aún? Imagino las mil y una vueltas, inútiles, que han dado alrededor de cada uno de los zafacones de la ciudad, en busca de un trozo de pan, resecao por el sol o húmedo por el rocío. No me es difícil imaginarlo, ya que voy, paulatinamente, adentrándome en este mundo. Que

lo quiera o no. Que resista o no. Es un hecho que se está volviendo realidad en cientos de países: los latinos en los Estados Unidos, los demás migrantes alrededor del mundo...

En mi caso, aún tengo la vergüenza por encima del hambre, pero ellos me miran con disimulada y nefasta sonrisa como si dijeran vamos a ver hasta dónde resistes, novato. Lo saben porque son maestros en su oficio, como cualquier dentista a la hora de sacar una muela.

Me hago la idea de que entre ellos soy solo un pasajero, nada más estaré por unas cuantas noches y que, pronto, cuando todo acabe, cuando todos los países entiendan que el virus es como un padre que castiga a sus hijos por el odio que los divide, por la maldad crecida como maleza entre ellos y que una cura no será posible sin la unión de todos, me iré de aquí. La idea, si bien incierta, me arranca una leve pero forzada sonrisa.

Me dejo caer en un banco, en el parque Cervantes. Es como si los pensamientos esperaran a que cesara el movimiento para tomar el relevo.

—¿Qué lo que *menol*? —me saluda un indigente, o puede que no sea uno, porque en un mundo en que hay un *adjetivo* para cada categoría de *Hombre* (*nunca entiendo por qué no se dice Mujer para representar a la raza humana, si son ellas las que paren*), cuesta a veces identificar una categoría de otra. Lo miro fruncido, alerta.

—Pero contéstame *menol*, ¿vas a privar en *popi* ahora?

—¿Te conozco? —le digo, receloso.

—Claro que nos conocemos *menol*. ¿Ya me olvidaste? Estuvimos juntos en la cárcel hace un par de días.

—¡Vaya! —eso lo pensé—. ¿Y?

—¿Cómo que «Y»?... Mira *menol*, ya veo que no te sabes las reglas todavía. Hace días estuviste en el calabozo con estas mismas ropas, y por tu aspecto, si no te las has cambiado aún es porque no tienes otras o no tienes donde cambiártelas. Lo que te hace uno de nosotros —se toca la sien con un índice de fumador, haciendo alarde de su inteligencia deductiva—. Así que no prives en *popi*, ¿oíste?... No te conviene... Además, mira, aquí toditos somos hermanos, ¿oíste?, nos ayudamos unos a otros. Ya sabemos que tú eres nuevo, pero hay que soltarse... ¿Tú tienes cuarto? Digo no con la cabeza, sorprendido por su capacidad intuitiva.

—No te preocupes, *menol* —pausa—. ¿Y apuesto a que tampoco has comido todavía?

—Sí. Ya comí.

—¡Bah! Tu boca te traiciona, *menol*... Entre nosotros no mentimos, *menol*, ¿oíste? Veo que aún no te llega la idea. Eres de los que aprenden a la mala, ¿eh? —leve sonrisa—, pero tranquilo. Es cuestión de tiempo. Toma este pedazo de arepa y bájala con este *chin* de refresco... ¡Déjate de timidez, *menol*, ¿oíste? —me exhorta, poniéndome la bebida y el pedazo de arepa al lado, envuelta en un papel laminado—. Me llamo Carlito. Si me necesitas, pregunta a cualquiera. Entre nosotros nos ayudamos, no lo olvides, *menol*. ¿oíste?, aquí somos familia. Hoy por ti, mañana por mí. Se levanta y se marcha. Pero luego se detiene y mira para atrás como si se le olvidara algo de gran importancia.

—Se me olvidó tu nombre, *menol*. No me lo dijiste, ¿o sí?

—Marc.

—¡Marc!, ¿qué nombre es ese?

—Un diminutivo de Marcel.

—¡Ah!, 'Tá to', *menol*. Y recuérdalo, la timidez no te ayudará mucho, ¿oíste?

Se fue caminando como si golpeará una pelota de fútbol con el pecho o como si alguien le tirara de un hombro hacia atrás o como si el suelo estuviera repleto de caca y tuviera que esquivarlas. Es una forma de caminar difícil de explicar. Miro el trozo de arepa y la sobra del refresco a mi lado. Los ojos se me humedecen. La garganta se me pone de piedra. Y aunque las quejas de mi estómago me provocan ciertos malestares, la vergüenza y el orgullo me impiden comérmelos.

Recojo el parque en un puñado de mirada lenta, ¡qué espantoso es ahora este lugar, donde tantas veces, en alguna que otra ocasión favorable, me permitió robarle un beso a Júpi, como aquella noche que me cantó, por primera vez, con su voz de trino! Lo recuerdo como si fuese ahora. Fue semanas antes de que acaeciera este desgraciado virus. ¿*Desgraciado?* Era tan bella en un jean azul y una blusa negra. Jugamos al ajedrez. Leímos a Tagore y se puso tan feliz cuando le pedí que me cantara, «¡Voy a cantar!», exclamó dando un salto y me pareció que volara con el viento, como una de aquellas gaviotas aprendiendo a volar. Su rostro aureolaba bajo la luz de los faroles, los brazos extendidos, y su pecho parecía una almo-

hada para cualquier cabeza agitada. ¡Cómo olvidar esa imagen!

Cantó. Y antes de que terminara le sorbí el remanente de la canción de los labios. Y el resto de aquella noche fue motivo para que su nombre quedara estampado en mi corazón como una marca al rojo vivo en la grupa de una vaca. *Y ¿qué crees que pensaría de ti ahora si te viera, rindiéndote como cualquier perdedor?* No puedo ni debo seguir así y aquí.

Esta imagen de Júpi y la grave situación de los presos han logrado apretar algún botón en mí que me hace reconsiderar mi anhelo de morir. Es como una especie de metamorfosis: lenta y dolorosa. Son cosas que ocurren. A veces, uno toma una decisión creyendo que lleva el control de su vida, creyendo que así es como quiere que ocurran las cosas, pero no, es la vida misma que te obliga a tomarla para luego, llevarte en su cuna como un anciano inválido. Es inevitable.

Ahora, debo conseguir un celular para llamar a mi madre, luego iré a una clínica pública para hacerme un chequeo, después llamaré a Júpi y le pediré que nos veamos. Y después, antes de volver a casa, encontraré alguna *chiripa* por donde sea, cueste lo que cueste, aunque deba pasar sobre el cadáver de Lucifer. Sí. Es lo que haré... Pero ¿cómo encontrar un celular?, ¿dónde?...

Hurgo en mi memoria. Repaso los nombres y las caras de los amigos a ver si recuerdo uno que viva cerca de la Zona... ¡Piero! ¿Cómo no lo pensé antes?, ¿cómo pude no pensar en Piero en un momento tan difícil, en un

momento de tanta hambre? Este viejo italiano setentón, generoso, que nunca le cierra la puerta a nadie.

Me levanto, camino en dirección a casa de Piero. El flato me produce un dolor insufrible. No pienso ponerle en peligro. En caso de, mantendré mis tres metros de distancia.

—Pieeero... Pieeero... —grité.

Gobierno saca primero la cabeza. No me reconoce y enseguida se pone a ladrar.

—Pieeero...

—¡Jeee!

Aparece en la galería con su cuello largo y huesudo, bien clavado en su sitio y escoltado por dos hombros que parecen dos trozos de madera seca. Vestido a medio cuerpo, la piel se le tiende sobre los huesos como un trapo mojado, tendido sobre un puñado de ramas secas.

—¡Hey, Marc, tú por aquí!

—Sí, sí... ¡Qué raro que Gobierno me ladró!

—No ha hecho más que joder este estúpido perro viejo —dice y mira con cariño al perro que, ahora más tranquilo, parece haber sido un hermoso animal. Y luego añade— Últimamente parece que está enrabia'o.

—Bueno... Hay que tener cuidado si es así. ¿Puedo pasar?

Medita un lapso, como si sopesara la pregunta.

—Me gustaría mucho, Marc, pero lo siento. Sabes que no puedo abrir. Con este asunto no estoy recibiendo visitas de nadie... Pero ¿cómo has estado?, ¡dime! No tienes buen aspecto. ¿Está todo bien?

—Sí. sí —contesté, desconcertado. Cierto que no pensaba acercármele demasiado, pero tampoco pensaba no entrar. Porque entrar significaba sentirse en un lugar seguro por un instante, después de casi veinte horas en la cárcel y medio día deambulando, hambriento, por la ciudad. Pero me resigno. La culpa es mía—. Solo pasé porque se me dañó el celular y quería hacer unas llamadas.

—¡Ah, con mucho gusto!

Entra. Enseguida sale y me baja el celular en una funda, amarrada en una soga.

Llamo a mi madre. Suena sin respuesta. Vuelvo a llamar, dos y tres veces. Una voz de mujer, una mujer joven, supongo, que sé que no es mi madre, me contesta.

—¡Hello!

—Hola... ¿mi-ma-dre se en-cuen-tra?

—¿Quién habla? —su voz suena con desenvoltura.

—El hijo de la dueña del celular que usted tiene.

—¡Ah!, ¿su nombre es Marc, señor?

—Sí señorita. ¿Puedo hablar con mi madre?

Se hizo un silencio. Luego un murmullo lejano y sospechoso, y luego ella, con la voz ahora cautelosa.

—Llevamos días llamándole a usted, señor.

—Es que mi celular se dañó y he estado sin comunicación. ¿Mi madre se encuentra bien? —me desespero.

—Lo siento señor... pero su madre junto a su esposo fueron diagnosticados positivos, señor. Nos dieron su número para llamar, pero no pudimos comunicarnos con usted.

La sangre se me hieló. La piel se me erizó. Siento sancocharse cada órgano que me compone. El co-

razón se suspende como esperando un golpe fatal, final. Siento cómo un estremecimiento brutal se apodera de mis miembros. Me apoyo en las rejas de la puerta de hierro para no desplomarme. Todo es mi culpa. Todo ha sido mi culpa. *¡Maldición!*

—Pero... Se-ñor-ita, ¿positivo de qué? —la voz me tiembla. Sale con una especie de oxidación—... ¿puedo hablar con ellos?, por favor, se lo suplico.

—Tuvieron problemas previos de salud muy graves, señor.

—Eso ya lo sé, ¡carajo! —le grité— Lo siento. Lo siento. Solo quiero hablar con ellos. Saber que están bien. Y decirles... decirles...

—Se han..., se han ido, señor... Lo lamento.

Los miembros se me flaquean. Todo a mi alrededor desaparece de golpe. Me dejo deslizar lento hasta el suelo, espalda a la pared. Siento que me voy despeñando en un vacío sin fondo. Sé que existo por el inmenso dolor en el alma. *Primero Miguel, ahora mis padres... ¿Por qué ellos y no yo?* La voz de Piero, que me pregunta si todo está bien, me suena ajena y lejana, como el eco de un barco anunciando su llegada a una bahía. Este dolor, que abraza mis entrañas, no puede llamarse dolor. No puede tener nombre. Que no pudiera mirarlos a los ojos, tener sus manos en las mías y decirles que todo estará bien aunque fuese mentira... ¿Y ahora qué?... *Debes continuar. Si ya se han ido no van a regresar.* No. No se han ido. No pueden. De seguro marqué un número equivocado. *¿Y cómo supo la enfermera tu nombre?* Es un error..., un error..., debe

ser un error. ¡Maldita sea! No pueden estar muertos. Aún no. Tengo que hablarles. Tengo mucho que decirles todavía. *Pero ya es tarde. Debes continuar.* ¿Continuar dónde?, ¿continuar para qué? *Solo por el hecho de continuar.* Ya no me queda nada. *Te equivocas. Aún te queda Júpiter.*

—¡Marc!... ¡Marc!...

Siento la mano de Piero en el hombro. Me sacude. Ha bajado a pesar de todo, con su guante y mascarilla, desde luego.

—¿Dime qué pasa?, ¿qué ha ocurrido?

—Mi... mi... Nada. Lo siento. Tengo que irme.

Camino sin saber hacia dónde voy. Tengo la sensación de que es el viento lo que me lleva, me arrastra hacia un vacío infinito, lóbrego. El dolor que me arranca el flato ya me es igual. Me tumbo en el rincón de un caserón, a merced del resto de la tarde. *Si esto ha de terminar así, si esto es lo que te espera, debes encontrarla.*

Día ...

De par en par, el día abre su puerta y te invita a pasar. Pero rehúsas. El temor y la desolación se asientan en tus músculos, en tus venas, y aunque el día es una copia perfecta de ayer, sientes que algo falta. No es un rayo de sol. No son las palomas que estuvieron ayer pero hoy se han ido en busca de comida. Ni la estúpida posibilidad de la esperanza. Tampoco la voluntad de seguir viviendo aunque sea tan diminuta como un grano de cizaña. Pero algo falta. Y lo sabes. Algo que no se encuentra afuera, sino dentro. Y no es una costilla, ni una arteria o una vena, y eso es justo lo terrible. El sentir que algo falta, el saber que algo falta, algo que se encuentra dentro, sin embargo, no lo puedes ubicar, porque no es algo de la materia que te compone. ¡Si tan solo fuese así!, si pudieras encontrarlo y decir ¡ah!, ahí está, y enseguida te lo colocas y reanudas el tiempo detenido..., pero no. Entonces miras la puerta abierta del día, y todos, aunque sea con tan solo la fuerza de voluntad o del deber, con sus bultos de pena instalados al hombro, la traspasan. Pero tú no, porque allá, detrás de esa puerta, para ti no hay nada. Entonces vuelves a derrumbarte sobre este banco, devastado, arrasado como un arrozal después de la segada.

Día ...

No sé si hay un toque de queda y una cuarentena para los indigentes (digo *los* como si me excluyera, como si rehusara aceptar la idea de que ahora soy uno de ellos), los limpiabotas, y esa clase de gente que sale a diario en busca de qué comer. Puede que sí, y en tal caso debe ser una cruz, un calvario.

Ahora me doy cuenta de lo absurdo que ha sido el miedo de sacar siquiera un peso en el dinero del alquiler para abastecer a otro, alegando que, si lo hubiera hecho, no me habría alcanzado para pagar al fin de mes. Si pudiera volver atrás, distribuir todo ese dinero con qué he estado pagando la casa, acaso abrasaría con menos vergüenza y culpabilidad mi condición actual.

Ahora, siento que llevo dentro la desolación que arrasa la ciudad, es como si todos los infectados se sumaran y cupieran dentro de mí. La vida avanza como una mula herida, cansada, es como si se rindiera ante la muerte; es como si todo se estancase en el mismo lugar donde la pandemia los sorprendió. Intento pensar en alguien que, tal vez, ha perdido más que una madre y un padrastro y un amigo. Por eso, intento aceptar mis desgracias con estoicismo. Porque, como dijo un poeta, «en tiempo de alegría todo se estanca, pues la gente se dedica a celebrar y lo olvida todo. Solo en las tribulaciones las cosas avanzan, pues nos

ponemos a pensar, a reflexionar, a reparar los errores y a no volver a cometerlos. Entonces progresamos, crecemos y las cosas se mueven. Y ahí *es* justo donde reside el equilibrio porque, de lo contrario, es decir si todo siempre avanzara, el exceso de tribulaciones que incentiva el progreso terminaría por hundirnos en un fango de depresión de la que sería difícil, cuando no, imposible salir; y si todo fuese alegría, solo bastaría con echar un vistazo a *La nave de los locos* de El Bosco para vislumbrar el destino que nos espera». Para descubrir tales verdades, pensé, debió de ser un poeta que ha vivido milenios. No cabe duda. Tal vez sue-
ne como si estuviera justificando mi indiferencia, mi egoísmo, pero sé que no soy el único que ha perdido a un ser querido, aunque me siento culpable por ello, aunque me odio por mi excesiva pasividad, de aceptarlo siempre todo sin mover ni un dedo, y de esperar que las cosas cambien por sí mismas. También sé que hay cosas frente a las que lo único que se puede hacer es no hacer nada. Y justo por eso me odio. Porque ese *no hacer nada* no es una opción sino una impotencia. ¡Ojalá no sea negligencia! Pero ¿a qué me llevará todas estas estúpidas reflexiones?

Trato de mantener limpias las mismas ropas con las que ya llevo quién sabe cuántos días, aunque huelen todavía a presos.

Aún no me acostumbro al frío de la noche. A la dureza de los bancos. Y a la soledad en la que se hunde la ciudad desde las cinco de la tarde, cuando empieza el toque de queda. La cuarentena, en medio de cua-

tro paredes, es menos tediosa, pues el laberinto de la soledad se encuentra reducido, encerrado en aquellas paredes. Pero aquí, a cielo descubierto, cuando se desploma este sonido que anuncia el cierre total y los fantasmas de los muertos buscan a sus seres queridos; cuando este silencio, más pesado que los gritos y el aburrimiento y la rebeldía de los niños que nos vuelven locos, retumba desde las estrellas, este laberinto se ensancha y se ensancha irremediabilmente, sin comienzo ni fin, y la noche se convierte en cuentas pendientes que pagar.

He empezado a sentir cambios en mi cuerpo. Quizá sea por el cambio brutal de mi vida. Quizá sea la mala digestión de la muerte repentina e inesperada de mi madre y su esposo, de Miguel. Quizá..., ya no sé. Son tantas las razones para sentirse jodido y desgraciado y enfermo. Sin embargo, esto es diferente. Me siento muy cansado. Leves náuseas me asestan a ratos. No puedo respirar. Noto cómo me llega la migraña: primero a un lado de la cabeza, luego al otro; surge de las sienes y se va asentando en mi frente.

Me siento perdido. Ya ni sé qué decisión he de tomar. *Tienes que encontrarla. ¿Para qué? Es lo único que te queda.* No me siento bien. Siento que me voy a desmayar. No debe ser lo que pienso. *¿Y si lo es?, no pudiste despedirte de tu madre, no cometas el mismo error con Júpi.* Tengo que encontrarla. Si no toma el celular, irá a su casa. Sí. Es lo único que me queda. A ella me debo aferrar. Primero iré a un hospital público, a chequearme, y luego iré a su casa y hablaré con ella. Después... veré

qué pasa después. No, primero irás a su casa. Si vas a chequearte y resultas infectados te detendrán y no te dejarán salir. Quién sabe qué ocurrirá después. Todos los después son utopías, ilusiones. Primero irás a su casa, y después..., veremos qué pasa después.

Día ...

Alma Rosa I, Calle Puerto Rico. Todavía lo recuerdo. Tengo que verla antes de que esto empeore. *Antes de que todo empeore.* Pues este cansancio que se me instala en los huesos. Este aumento de temperatura que caldea la piel y me reseca los labios, este dolor que se asienta en el cerebro..., no es normal. *No lo es.* ¡Que uno ande por las calles de Santo Domingo sin que perciba ningún olor! Eso es de alarmarse. Y esta violenta y ruidosa expulsión del aire seco contenido en los pulmones... Tengo que encontrarla. Hablarle de mis desgracias. Decirle cuánto la amo. Pedirle una última oportunidad. Dejarle saber que es mi única esperanza y lo único que me queda... Pero, si lo que sospecho es lo que tengo, ¿no será egoísta el exponerla? ¡No! Tomaré las medidas necesarias: tres metros de dist... *¡Malditos tres metros!*

¡Esta violenta y ruidosa expulsión del aire!... Un banco distinto cada noche. Ahuyentar a los perros por algún pedazo de pan, aunque blanden los colmillos, al final, los animales siempre terminan temiéndole a los hombres. Lo difícil, además de que hay que estar pendiente de que no te lleve la policía cuando aparezca, es el hierro de los bancos, y ese viento frío por las noches, calando los huesos. No pensé que la experiencia sería tan mala como la veía por las calles de la Zona Colonial, o desde la galería de doña Hache. *Doña Hache. Debe de haberse vuelto loca.*

Pero lo siento. Perdóname, doña Hache. Perdón. ¿Qué estará pensando ahora? Si supiera lo de mami... Ya no importa. He tomado mi decisión.

Tengo la sensación de que el pecho y la garganta se me reventarán: es como si fuesen una carne que unas uñas satánicas destazaran. *Tengo que encontrarla antes de que todo empeore.* Decirle que todo es su culpa, por su estupidez, por su niñería y su... No, no. Decirle que fui un idiota que no entiende de amor, y que solo quise tenerla cerca, en mi vida, amante o amiga, sentir la fortuna de tener acceso a su mirada, a su risa; esa risa que... ¡Dios mío!, ¿por qué cuesta tan caro tener lo que uno desea?

—¡Buenos días, señor!

Me mira como si examinara a un enfermo.

—¡Dime, joven!

—¿Este es el Puente Matías Ramón Mella?

—Así es, joven.

—Voy a Alma Rosa I. Santo Domingo Este, ¿por dónde sigo, por favor?

—Tienes que coger un carrito de la 25 de Feb...

—Es que voy a pie.

—¡Bueeeno, *meno!* Sigue derecho la Avenida Paseo Margen todo el tiempo. Pero da por seguro que llegarás mañana.

—¡Gracias, don!

—Suerte.

Sin mascarilla, todos te miran como si fueses un criminal o un desertor, mejor dicho, un leproso. En cuanto te ven llegar casi se aprestan a correr. Podrías

caerte muerto y nadie te haría caso, menos los policías, y eso por obligación o deber.

Para distraerme de mis desgracias, rumio fragmentos de *El libro de Monelle*. Intento no pensar en mi madre y su esposo ni en Miguel. Intento distraerme con cada detalle del día; con cada cosa que voy viendo por el camino, como esos locos, por ejemplo, que comen en la basura, que andan descalzos, que desde la pandemia nunca se han puesto ni guantes ni mascarilla, sin embargo, ninguno se infecta, como si fuesen inmunes o seropositivos; como esta niña, ajena a todo, que juega con su peluche haciendo caso omiso a la vida como si le dijera «Vida, al carajo con tus exigencias, con tu peso sobre los hombros de los adultos, con tu infierno y tu paraíso, yo me cago en tu puta madre, Vida», pero, ¡ay!, ella ignora que un día también crecerá...

La Avenida Paseo Margen todo el tiempo. Ya no siento las piernas. Todo ha sido una locura. O tal vez no. Porque si esto es el fin, debo encontrarla, decirle cómo me he sentido en estos últimos días, durante su ausencia; contarle las tonterías que he cometido, las desazones que crecen como yerbajos en mi pecho, y... No, no, mejor le contaré otras cosas, cosas que nos harán felices, al menos para distraernos un poco de todo y verla muerta de risa, su risa inocente, como una niña que no entiende de las cosas. Sí, tengo que verla, al menos para la despedida.

—¡Párate aquí, moreno!

Me paro. Porque nada ya importa. Porque ya estoy dispuesto a todo, a lo que venga.

—¿Qué andas haciendo en las calles sin mascarilla ni guantes?

—Es que voy a comprar algunos, jefe. Se me acabaron.

—Tómate estos. Que no volvamos a verte sin ellos.

—Gracias, jefe.

La Avenida Paseo Margen todo el tiempo. Esta Avenida parece no tener fin.

No puedo respirar. Es como si una mano me agarrara los pulmones y los apretara y los retorciera como un trapo mojado, exprimiéndole el agua. Esta presión en el pecho como si te pusieran un tanque lleno de piedra encima.

Debo encontrar algo de comer. Lo que sea. *Pero con esta ropa de hace tantos días sin cambiarse, todos te miran como un indigente.* Lo mejor es encontrar un zafacón, mantener cruzados los dedos para que a alguien se le hubiera ocurrido tirar algún resto de comida. *¡Así que así es la vida de ellos, perseguidos como perros!*

—Perdone, señor, voy a Alma Rosa I. ¿Por dónde sigo, por favor?

—¡Alma Rosa! —exclama con sorpresa y me mira de arriba para abajo, luego de abajo para arriba— ¿Es que vas a pie?

—Sí, señor.

—¡Bueno! —suspira. Mete una mano en el bolsillo derecho— Toma estos veinticinco y coge un carrito y dile al chofer donde te quedas. No tengo más.

—¡Gracias, don! —tomo los veinticinco— Pero no me siento bien y no quiero que sea... No quiero poner a nadie en pelig...

—¡Aléjate un poco, hermano! —dice echándose hacia atrás—. ¡Mira!, esta es la calle Club de Leones. La vas a seguir hasta la Juan Isidro Jiménez, y dobla a la izquierda.

—Gracias, hermano.

—¡Con Dios!

Se queda mirándome, sacudiendo la cabeza. Me da igual. Busco un colmado. *¡Prohibido entrar sin mascarilla!*, leo en la puerta. La nueva ley universal, pensé. Quizá sea así como fueron entrando las leyes en el mundo y en nuestra vida: un buen día aparece una anomalía, y ¡zas!, una ley. Y luego todo se restablece, sin embargo, la ley permanece, y así van surgiendo nuevas generaciones que la toman como ley natural, ignorando su porqué y la razón por la que fue impuesta. Entonces nos convertimos en animales presos de leyes antiguas y ajenas, que no fueron ni para nosotros ni para nuestro tiempo.

Pido un yogur, que no tapa ni la mitad del hoyo que llevo dentro. Tengo que descansar. Este Sol de las dos mata a cualquiera, sobre todo con esta hambre metida en las costillas como demonio. *¿Qué le dirás al llegar? Le diré que lo siento, por no poder entender lo que siente de veras por Claudio. Que nunca imaginé que fuese algo sensato amar a alguien a ese punto, sin que él pensara ni un día en tu existencia. Le diré que lo entiendo, y que he vuelto hacia ella solo con corazón de amistad, para tenerla de cerca, poder volver a tocarle la cara, disfrutar de su sonrisa y...*

—Perdón, no puedes sentarte aquí.

—Pero es...

—No importa lo que es. No puedes sentarte aquí. Me levanto y me marchó. Miro hacia atrás para ver cómo él limpia el escaño con agua. Seguro con desinfectante y todo. Como si yo fuese el mismo virus. Observo las calles, desiertas. Las puertas de los negocios y de las casas, cerradas, como si la pandemia fuese a entrar a buscar a la gente en sus hogares. Un sudario de tristeza y desolación se tiende sobre la ciudad. Hasta en los árboles y en los animales se percibe la desesperación. Los faroles brillando sus penas. El viento silbando su murria. Algún taxi circulando sin pasajeros. Y esas miradas de aflicción, colgadas en los vanos de las ventanas. Todos se creen peor porque no saben las penas de otros, deduzco. Cruzo la calle Dr. Octavio Mejía Ricart: *Parque Gregorio Luperón*, dice un cartel inclinado, a punto de caer.

—Señor, la calle Puerto Rico, ¡por favor!

—Esta es..., mira mi dedo. Esta es l'autopista San Vicente de Paul. Lo vas a seguir..., a ver... uno, dos, tres, cuat..., lo vas a seguir y la cuarta calle es la Puerto Rico.

—Muchas gracias.

—Siempre.

Calle Puerto Rico. Cómo voy a presentarme así. Con estas ropas de tantos días sin cambiar ni lavar. Y con esa cara demacrada. Seguro con el mismo hedor de la cárcel metido en los cabellos, supongo. Hago un cuenco con las manos, que llevo a mi boca para probarme el aliento. Y aunque no me responde el olfato, creo que huele bien. Confío, al menos, en que mi índice derecho ha cumplido con su deber de cepillo.

Y ahora la náusea. Tengo que descansar. Me siento un rato en el parque. Siento una suciedad pegajosa en la piel, una mugre en los sobacos y en los rincones de mi sexo. Pero no es lo que me preocupa. Sino esta tos que me desgarrar la garganta, este apretón en los pulmones, que me corta a ratos el aire; esta migraña que no se mengua nunca... Siento que me voy a desmayar.

—Perdona, joven. Regálame este *chin* de agua, por favor.

Me mira como si temiera que la atracara.

—Toma —dice, tirándome la botella.

—Gracias.

Se levanta y se va.

Me echo un poco de agua en la cabeza. Me lavo la cara. *Tengo que verla*. Tengo que verla antes de que todo empeore. Me levanto. *La cuarta calle*. Me dirijo hacia la Puerto Rico. Siento cómo las venas me bombean la sangre hacia las sienes. El ritmo del corazón se acelera y los pulmones se aprietan más y más y siento que me ahogo. La cabeza me va a estallar, es seguro. Me remojo los cabellos con el agua que sobra, tomo un sorbo y tiro la botella.

Primera cuadra.

Segunda cuadra.

El corazón va cambiando de ritmo a medida que me voy acercando y late como si compitiera con un metrónomo.

Tercera cuadra.

Calle Puerto Rico a la derecha.

—¡Saludo! Conoce a una chica llamada Alhelí Jiménez. Es diminuta. Color café con leche. Camina muy

tranquila como una santa, como si no pudiera romper una cáscara de huevo al pisarla. Le dicen Júpi.

—No. Lo siento. Pregunte más adelante.

Toco otra puerta. Otra y otra. En una un perro me gruñe. No siento mis fuerzas. No puedo respirar. Siento que una mano furiosa me aprieta la garganta. Me apoyo en un muro, busco una posición que facilita el fluir del aire. Creo que me voy a desmayar. *No puedes, aún no. Primero debes encontrarla.* Sigo tocando de puerta en puerta. *Es una casa rosa, con parqueo, un patio pequeño y una mata de bija.* Pero todas las casas parecen iguales. ¿O es mi imaginación? Sigo caminando.

Mantendré mis tres metros de distancias. ¡Malditos tres metros!

Este debe ser su hermano. Sí. Las fotos no engañan. Pero la casa no parece tal como ella me lo contó. Parece más bien descuidada, abandonada a su suerte. En el patio ha crecido la yerba. Las bijas y las otras matas están marchitadas, casi muertas. Una hojarasca se amontona en un rincón como si llevara semanas allí. Dos perros están tumbados, envueltos en una melancolía invernal y me miran como si no me vieran o como si solo vieran el fantasma que ya me habita.

—¡Buenas tardes!, ¿usted es Mateo?

—Sí, ¿qué se le ofrece?

La voz le suena con pena, pastosa, frunce el ceño y me mira desconfiado o con rabia o encono.

—Soy Marc. Busco a su hermana, Alhelí. Ella me dio esta dirección —digo con cierto temor y timidez.

Me mira abatido. Termina de cerrar el portón de hierro que acaba de traspasar. Sus ojos proyectan una

luz mortecina, como una vela a punto de apagarse.

—Soy un compañero de la universidad. Llevo semanas llamándola, pero no me contesta. ¿Podría decirle a ella que estoy aquí?

El perro más chiquito corre hacia él ondeando la cola. Le lame el zapato con un aullido de agonía.

—Ella no está —me dice.

Los ojos se le humedecen y habla con un carraspeo en la garganta. Estoy preocupado. De nuevo siento que me voy a desmayar. Me agarro en la puerta con una mano. *Resiste*, me digo.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? Si es que ha salido puedo esperar. Pero si no, ¿puedo dejar con usted una carta para ella?

Me mira distraído, como si no me escuchara o como si no me quisiera escuchar. Me sorprende que mi aspecto le deja sin cuidado. Como si ni siquiera se diera cuenta de ello. Le devuelvo una mirada de súplica.

—¿Puedo pasar?

«Sí, ¡por supuesto!, pase y siéntese un rato. Alhelí solo salió a comprar algo. O quizá está en el parque, tomando un poco de fresco. La llamo en seguida y le digo que alguien la está esperando.», es lo que espero que él me conteste aunque la pregunta es estúpida. Mi voz parece asustarlo. Alza la cabeza y en sus ojos, donde está o donde debiera estar el iris, está más bien un velo lúgubre.

—Lo siento... Alhelí nos dejó.

El corazón da un vuelco.

—¿Cómo que *nos dejó*? —indago, petrificado—
¿Qué... qué quiere decir con *nos dejó*?

Me mira un lapso, con tristeza, antes de añadir:

—Alhelí murió...

—...

Duro como piedra. Frío. Indiferente cual animal en hibernación... ¿Así es como uno acaso debería de sentirse cuando ya no le queda nada, cuando lo único que siente en su adentro es un vórtice constante, un tornado despiadado, que lo arrastra todo...?

Caminas y caminas y caminas, sin rumbo fijo. Es como si midieras el mundo con tus huellas; como si quisieras darles sentido a los caminos *desdeñados por los hombres o, mejor dicho*, como si los profanaras tú también con cada pisada...

Trompicas lo mismo que un borracho cuya cabeza es un lago de aguardiente. La mano callosa del Sol te pule la piel. El fuego del asfalto te roe los zapatos hasta calarte las plantas de los pies. Un hambre te atornilla y destornilla las vísceras. Una pata gigante que te aplasta los pulmones. Un cincelazo incesante que retumba en las sienes..., sin embargo, parece como si no sintieras nada. Porque ya nada importa. Igual que si no fueras más que un saco de hueso en movimiento, o una bolsa de carne y sangre. Alguien podría parársete enfrente y ¡plaf!, te soltara una bofetada sin que sintieras nada o, a lo mejor, sí, te doliera, pero le darías las gracias y seguirías tu camino. Lo mismo daría.

¡Albelí Albelí Albelí!

Una mano escancia en las venas la cicuta de su ausencia. La tierra se la tragó y desparrama su polvo en todas las partes donde tus piernas te llevan, asfixiándote. *¡Dios mío!, Albelí, ¿por qué tú, por qué me hiciste eso...?*

El vaivén de las horas se ha vuelto inútil. Nada que esperar. Y ya ¿no sientes o no te importa? su peso sobre los hombros. Lo mismo que si el día se deshiciera de los relojes, o se desvistiera de todo artificio que mide y limita su curso y que ya, solo estuviera hecho de luces y sombras, de soles y lunas, tardes y mañanas. Pero ¿es posible que alguien haya perdido ese botón que activa y desactiva el dolor, la felicidad y demás emociones y sentimientos que lo distingue de otras creaciones? O, tal vez, será que haya pasado a otro plano de existencia y solo estuviera vivo por la materia a través del cual se manifiesta...

Circulas entre gente que parece no verte. No te ve. Es como si, al chocar alguien contra ti, te traspasara sin que notara nada. Y la duda, esta duda absurda, tenaz, se te mete por las cisuras del cerebro hasta que te obliga a palparte. Pero estás. Estás y sin embargo nadie repara en tu presencia. Te acercas a este árbol y le pegas un puño, luego otro puño, tres puñetazos hasta que te chorrea la sangre. Entonces algo ocurre: algunos se detienen; esa pareja con unos globos de celebración, aquella vieja con su nieta lamiendo un helado, ese joven con su uniforme y bulto de *esquimate*..., y te miran extraño. De repente existes, pero no sientes el puño ni el posible dolor que quizá le atice. Nada importa.

De nuevo la tos seca. Este dolor que te exprime el cerebro cual rodajas de limón. Los pulmones que se encogen como si algún chupacabras se divirtiera con ellos. La respiración se va haciendo escasa. Entonces

apoyas la cabeza narices arriba, en busca de aire, y te aferras en el trasero del árbol.

Alguien saca preocupado un celular y marca.

—Aquí parece que tenemos un caso, y grave. Hay que venir de prisa —dice, fruncido, con autoridad de médico, preciso y con urgencia.

Entonces todos se alejan, como si aquellas palabras significaran «aquí tenemos un vampiro». Hubieras querido que te dejaran allí, tirado, hasta que el aire, lentamente, sin advertencia alguna, te abandone los pulmones. Sí. ¿Cuántas veces no invocas con súplicas a la muerte, que se hace Dios: ajena e indiferente?

El mundo es un bosque salvaje, un *¡sálvese quien pueda!* donde los hospitalarios, en vía de extinción, se esconden para sobrevivir. Y qué absurda la tarea de vivir, de existir.

La gente vuelve a rodearte (efecto de la curiosidad), te mira como un extraterrestre que ha caído desde algún lugar extraño, remoto. Es raro que, en este momento pandémico, sea solo el hambre, el amor y el chisme que logran sacarla de sus hogares. *¡Lo que es el ser humano!*

De repente la muerte acude, y parece ser más benevolente que Dios, porque al menos te escucha, te atiende aunque sea tan solo para blandir y mostrarte las fauces, hacerte visajes. Pero no te llevará. Y lo sabes. Lo sabes porque más le interesa tu agonía que tu desaparición; goza más chuparte de a poco. Porque bien sabe que si te lleva de golpe todo habrá terminado; sabe que tu fin es su fin y que, sin ti, sin nadie que tenga vida, solo

sería un espectro o, sencillamente, una mera palabra, vagando por los confines de la nada. Entonces te seda con los recuerdos, como aquella infancia que *posdataste* en los márgenes de la piel, con tinta de lágrimas, dirigida a *no sabes qué dioses*; aquellos recuerdos que trancaste en huchas de porcelana y que tu madre olvidó, después de tantas mudanzas, en las cajas embaladas... *¡Oh infancia!* Aquel esbozo de lo que no lograste ser y de lo que, ya, nunca serás.

¡Alhelí Alhelí Alhelí...! ¡Dios mío!

De nuevo las malditas ambulancias, que no callan nunca. Pero ya te acostumbras, además, *esta vez suenan distintas*, porque vienen por ti. Y lo sabes. Y aunque pelees, grites, aunque no quieras internarte en ningún hospital por la estúpida posibilidad de seguir con vida, de vencer a la muerte, te llevarán. Si tan solo tuvieras la fuerza de decirles, déjenme, por favor, que de este lado ya nada me queda, ya nada me importa. Pero la lengua pesa, parece un ancla en el mar de tu boca y las palabras se encallan en tu garganta, en el paladar, rehusándose a salir. Y aunque no fuese así, aunque tuvieras la fuerza mínima de musitarles que Miguel ya se ha ido, que tus padres ya se han ido, que tu Júpi se ha ido y que no tienes motivos algunos para seguir, no te escucharían, porque los médicos no salvan las vidas por el deber de salvarlas sino por la absurda vanidad de mostrar que son dioses también, o la mano derecha de Dios y que poseen la llave que encierra el misterio de la vida y de la muerte, aunque muchas veces se dan con las falsas. *¡Ojalá suceda conmigo!*

Bajan corriendo dos o tres o cuatro, puede que sea toda una tripulación, a tu rescate. Pero ¿cómo caben tantos médicos en esa caja de fósforo? Hablan en una jerga incomprensible. Te clavan un ventilador: todo a velocidad luz, una rapidez desconcertante, y luego, todo se pone blanco. Solo este rumor caótico de voces. Un apuro para salvar una vida que no quiere ser salvada. ¿Y si ellos fuesen Dios?

¡Absurdo!

Una multitud de muertos vivientes yace inerte sobre las camillas, si bien burlada por la vida, sigue luchando contra la muerte. Pero ¿qué misterio encierra esta palabra: «*VIDA*», *que hace que todos darían lo que fuera para mantenerse colgados en su rama?*

Atestado el hospital, de sus bordes caen muertos, como gusanos, los infectados, tan secos hasta el punto de que ya a la muerte no le queda nada más que chupar. Cruzas los dedos para que llegue tu turno, para que, por fin, desocupes este mundo, cediendo tu lugar a la próxima alma que padecerá tus desgracias y tus absurdos arrebatos de felicidad no consumados. La abulia, durante la espera, te invade y se acurruca por cada recoveco de tu ser. Y aunque la estás esperando, aun cuando sientes su proximidad y te preparas para su llegada, esta hipócrita de la muerte siempre te sorprende. Además, ¿para qué nacer si todo ha de morir?, ¿por qué no evitarnos el dolor de las pérdidas? ¿Qué juego es este y a qué malvado niño complace? Malvado, esta es la palabra. Sí. Pues ¿con qué otro adjetivo se podría calificar? ¿Qué buen

niño crea seres, los pone uno contra otro, da más privilegios a unos que a otros, permite que unos viven por encima de otros, los mira enfermarse, podrirse, matarse, comerse, sufrir y hacer sufrir y luego matarlos para después, reírse a carcajadas, aplaudirse a sí mismo y, si por puro descuido uno hace algo que no es de su agrado, directo al asador? ¿Qué buen niño?... Sí. ¡Ríete! ¡Búrlate! Pero ya sé lo que piensas. Aunque la cabeza se me ha vuelto un hervidero, aunque deambulo por las calles, no creas que no tengo rumbo fijo. Ni creas que estoy loco. No, no te lo creas. Porque sé justo a dónde voy. Voy allá. Allá hacia donde bogan las tardes, donde los pueblos no son alfombras de los gobiernos, donde las cucarachas no esconden su hedor y su inmundicia bajo americanas de tweed, allá, donde la vida no es un sílex que masticar, el amor un experimento, allá, sí, allá, donde moran los hombres ya desvestidos de materia, donde el fin es el comienzo, donde ya, impaciente, Alhelí nos espera.

Alhelí Alhelí Alhelí

Contenido

Día 1	7
Día 2	10
Día 3	12
Día 4	14
Día 5	19
Día 6	24
Día 7	30
Día 8	38
Día 9	39
Día 10	43
Día 11	47
Día 12	51
Día 13	57
Día 14	60
Día 15	61
Día 16	62
Día 17	64
Día 18	66
Día ...	72
Día ...	75
Día ...	81
Día ...	82
Día ...	83
Día ...	85
Día ...	90
Día ...	92
Día ...	94
Día ...	95
Día ...	97
Día ...	106
Día ...	116
Día ...	117
Día ...	121

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 5 días del mes de noviembre de 2022, el mismo día pero del año 2020 en que falleciera el deportista zuliano Jonhnnny Paredes.